LA CONQUISTA DEL ESPACIO



EL SER QUE LLEGO DE KUMBO

Joseph Berna

GANE 1 MILLON DE PESETAS

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

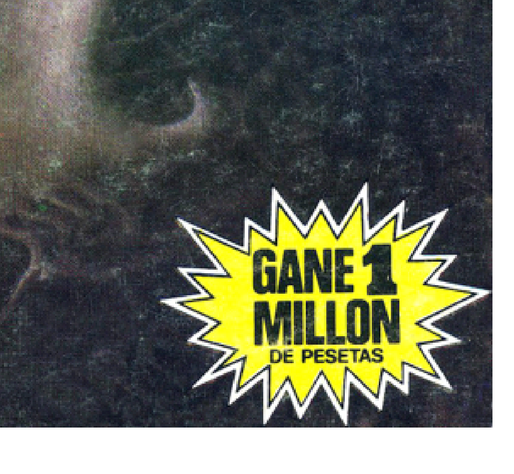
BRUGUERA

BOLSILIBROS

FUTURO

EL SER QUE LLEGO DE KUMBO

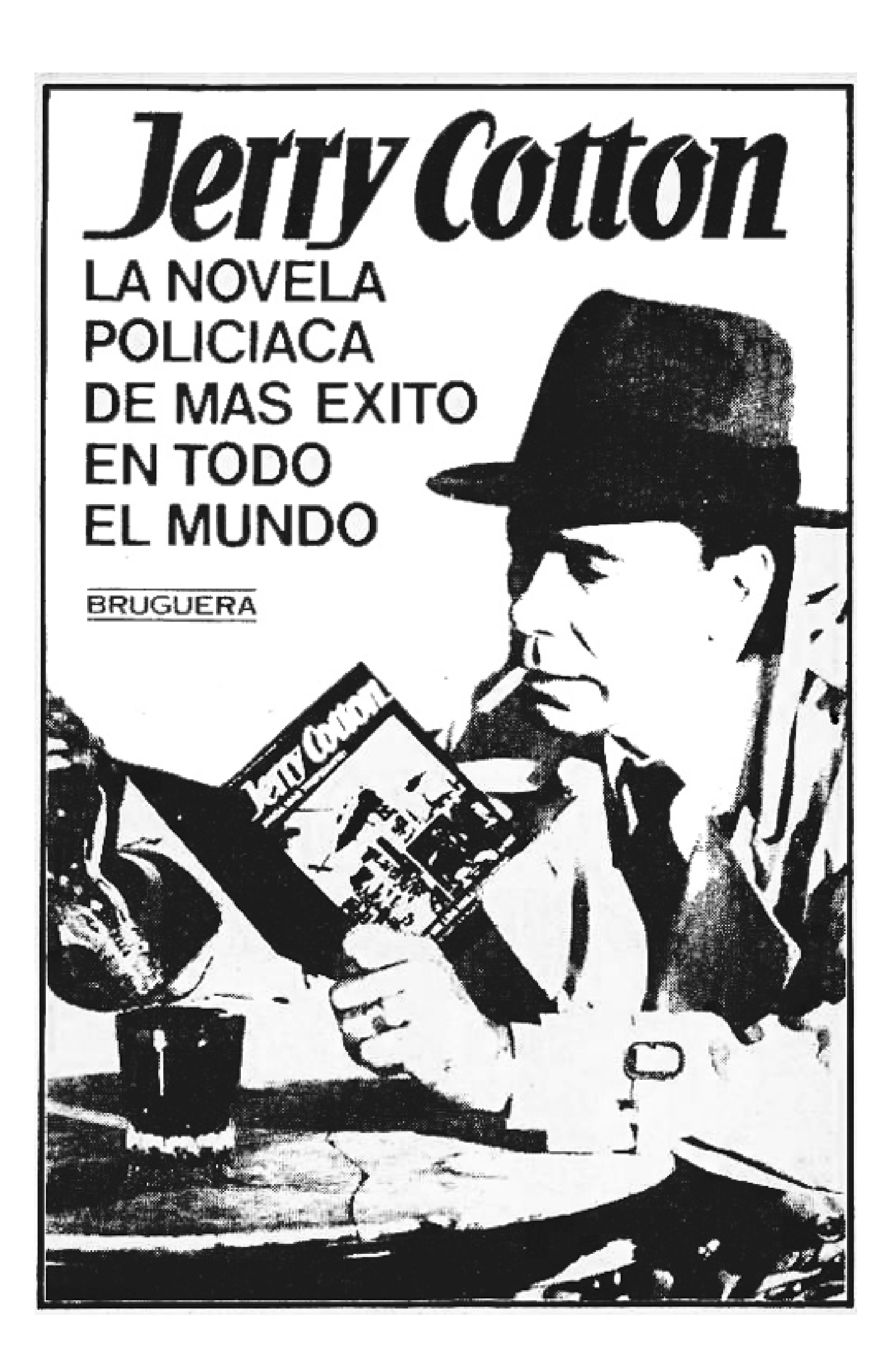
Joseph Berna







La conquista del ESPACIO



Jerry Cotton
LA NOVELA
POLICIACA
DE MAS EXITO
EN TODO
EL MUNDO
BRUGUERA
Jerry Cotton

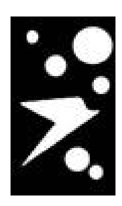
JOSEPH BERNA

EL SER QUE LLEGO DE KUMBO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 743

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA —BOGOTA —BUENOS AIRES —CARACAS —MEXICO

1.a edición en esta colección en España: abril, 1985

1.a edición en esta colección en América: octubre, 1985

Concedidos derechos exclusivos a favor de Editorial Bruguera, S. A.

Camps y Fabrés, 5. 08006 Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en España Printed in Spain

ISBN 84 02 02525 0 / Depósito legal: B. 9.422 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Carretera Nacional 152, km 21,650. Parets del Valles (Barcelona) 1985

CAPÍTULO PRIMERO

La Tierra.

Año 2071.

A unos cincuenta kilómetros de Kalispell, ciudad ubicada al noroeste de Montana, se alzaba la casa de Trevor Mitchell. Una casa grande, de dos plantas, construida con troncos.

Había sido levantada en pleno bosque, cerca del lago Flathead, y no por casualidad. Trevor Mitchell había elegido aquel lugar para vivir porque sus dos grandes aficiones eran la caza y la pesca.

Cuando no tomaba la escopeta, tomaba la caña de pescar y se acercaba al lago, en el que, cuando la temperatura lo permitía, se daba una zambullida.

Si el sol no calentaba lo suficiente, Trevor Mitchell pasaba del baño en el lago, pues había cumplido ya los cincuenta años de edad y, aunque seguía siendo un hombre sano y fuerte, no se llevaba nada bien con el agua fría.

Lenny, su hija, era mucho más valiente que él en ese sentido, pues se bañaba en el lago aunque la temperatura fuese baja. Claro que ella tenía solamente veintidós años, y a esa edad no se le teme al agua fría ni a nada.

Cuando Trevor Mitchell tenía veintidós años...

El cincuentón sonrió suavemente al rememorar su juventud, mientras fumaba su pipa, cómodamente sentado en su sillón favorito, en el amplio porche.

La noche era clara, luminosa, y no demasiado fres ca. Se estaba bien fuera de la casa, contemplando el limpio cielo tachonado de rutilantes estrellas.

Trevor prefería estar allí que en el salón, viendo la televisión, que era lo que estaban haciendo su mujer y su hija. Su esposa se llamaba Clara y tenia cuarenta y seis años de edad.

Cuando Trevor la conoció, ella tenía solamente veintiún años. Se enamoraron en seguida el uno del otro y contrajeron matrimonio a los pocos meses.

Los recuerdos de aquellos años maravillosos fueron desfilando por la mente de Trevor Mitchell, mientras el tabaco de su pipa se iba consumiendo.

Junto a él, echado en el suelo, estaba Rocco, su perro, un magnífico ejemplar de raza alsaciana. Era un can enorme, lleno de músculos y de vigor, veloz en la carrera, valiente en la lucha.

Un fiel guardián de la casa, dócil y obediente con sus amos, cariñoso y juguetón, de manera especial con Lenny, porque la joven siempre le estaba dedicando caricias y bromas.

El perro tenía los ojos entornados, pero no los acababa de cerrar.

No quería dormirse, aunque la paz y la tranquilidad de aquellos momentos invitaba a ello.

De repente, una especie de rayo luminoso, de color anaranjado, cruzó el cielo a gran velocidad.

Trevor Mitchell agrandó los ojos y se quitó la pipa de la boca.

—¡Por todos los diablos! —exclamó.

El gigantesco perro alsaciano abrió también los ojos al máximo, tensó las orejas, y se incorporó con rapidez.

—¿Has visto eso, Rocco...?

El can soltó un ladrido de asentimiento y descendió del porche, mirando hacia el cielo. El rayo luminoso había desaparecido más allá dé las copas de los árboles.

Rocco emitió otro ladrido, ahora de inquietud.

Trevor Mitchell se levantó del sillón y descendió también del porche, con los ojos fijos en el cielo, en donde no había quedado el menor rastro del veloz y misterioso rayo anaranjado.

La mirada del cincuentón acabó posándose en la parte del bosque por encima de cuyos árboles se había perdido el luminoso rayo. No se oía nada, el silencio era absoluto.

—¿Qué demonios sería...? —murmuró.

De pronto, el perro se lanzó hacia esa parte del bosque, soltando ladridos.

—¡Deténte, Rocco! —ordenó Trevor.

El animal, cosa rara en él, no obedeció.

—¡Vuelve aquí en seguida, Rocco! —gritó Trevor.

El perro hizo nuevamente oídos sordos y se metió en el bosque, sin dejar de ladrar.

—¡Rocco! —insistió Trevor, pero fue inútil.

Los ladridos del can fueron oídos por Clara y Lenny, así como los gritos de Trevor, y ambas, extrañadas, se olvidaron de la televisión y abandonaron el salón, saliendo de la casa.

—¿Qué sucede, Trevor...? —preguntó Clara.

—¿Por qué ladra Rocco, papá? —inquirió Lenny.

Trevor les explicó lo del extraño rayo luminoso y añadió:

—Rocco salió disparado en esa dirección. Le ordené que volviera, pero no me hizo caso.

Clara y Lenny se quedaron mirando hacia los árboles por entre los cuales había desaparecido el perro quien por cierto había dejado ya de ladrar.

Al menos, no se oían sus ladridos.

Y tendría que estar muy lejos para no ser oído desde de la casa, porque su forma de ladrar era muy potente.

—¿No sería un meteorito...? —dijo Lenny, que tenía el cabello rubio, como su madre, y los ojos azules.

Era una muchacha realmente bonita, de cuerpo grácil y esbelto. Vestía pantalón de pana, negro, y un jersey blanco, de cuello alto. Calzaba botas de piel, de media caña.

Su madre llevaba también pantalones y jersey, pero calzaba zapatos. Y para sus cuarenta y seis años de edad, estaba todavía de muy buen ver, pues había sabido cuidar su figura y conservaba casi íntegros muchos de los atractivos de su juventud.

—¿Un meteorito, dices? —murmuró Trevor.

—Es lo único que se me ocurre, papá —respondió Lenny.

—Yo estoy un poco asustada, no me importa confesarlo —dijo

Clara.

Trevor le pasó el brazo por los hombros y la apretó cariñosamente contra sí.

—No hay motivos para alarmarse, querida.

—¿Y por qué salió disparado Rocco...?

—Es un perro muy curioso.

—Y muy obediente, también —recordó Clara—. Es muy raro que no te hiciera caso cuando le ordenaste volver. ¿No opinas igual, Lenny...?

—Sí, mamá. Rocco debía tener una razón muy poderosa para desobedecer a papá.

—Volverá en seguida, no os preocupéis —dijo Trevor—. En cuanto se convenza de que no hay nada.

—¿Y si hubiera algo...? —murmuró Clara.

—¿Qué va a haber, cariño? No sé lo que era ese rayo anaranjado, pero fuera lo que fuere, debió caer muy lejos de aquí. Eso, suponiendo que haya caído en algún sitio y no continúe surcando el cielo como una exhalación.

—Creo que papá tiene razón, mamá —dijo Lenny—. No debemos darle tanta importancia a lo sucedido. Quizá fue sólo un fenómeno astronómico.

—¿Y por qué no vuelve Rocco...?

—Yo lo llamaré y verás como regresa corriendo.

—Sí, hija, llámalo — pidió Trevor—. A ti te hace más caso que a nadie, porque te tiene un cariño especial.

Lenny se colocó las manos a ambos lados de la boca, a modo de megáfono, y gritó:

—¡Rocco!... ¡Vuelve en seguida, Rocco!... ¡Tengouna cosa para ti!

El eco de las palabras de la muchacha se adentró profundamente en el bosque, hasta perderse, pero sólo obtuvo el silencio por respuesta.

Lenny se llevó una desilusión, pues esperaba que el perro le respondiera con un par de ladridos.

Clara miró a su marido, preocupada.

—No contesta, Trevor…

—Ha debido alejarse bastante de la casa.

—¿Tanto como para no oír a Lenny?

—Eso parece.

—Llámalo otra vez, hija —rogó Clara.

Lenny hizo uso nuevamente del improvisado megáfono.

—¡Eh, Rocco! ¿Es que no me oyes…? ¡Te estoy pidiendo que vengas conmigo! ¡Vamos, Rocco, no me hagas esperar! ¡Vuelve inmediatamente!

Cuando el eco de las palabras de la joven se extinguió, volvió a reinar el silencio. Un silencio profundo, preocupante, que acentuó los temores de Clara Mitchell.

—Ha debido ocurrirle algo, Trevor —musitó.

—¿A Rocco…?

—Sí.

—No digas tonterías, Clara. Gracias a su tamaño y a su fortaleza, Rocco no tiene enemigo. ¡Pobre del que se meta con él!

—¿Y por qué no contesta…?

—Se habrá alejado demasiado, eso es todo. Pero volverá, no temas, porque…

Trevor Mitchell no pudo acabar la frase, pues justo en ese momento se escuchó un largo aullido que lo mismo podía ser de dolor, que de terror o de angustia.

De lo que no cabía duda, es de que lo había emitido un perro.

Trevor, Clara y Lenny se estremecieron a la vez.

—¡Es Rocco! —exclamó la muchacha.

—¡Y parece en peligro! —dijo Clara.

—¡Voy por mi escopeta! —gritó Trevor, y entró corriendo en la casa.

Clara y Lenny se abrazaron, angustiadas.

Trevor salió a los pocos segundos, empuñando su magnífica escopeta de caza, capacitada para efectuarun montón de disparos seguidos. Se iba ya en busca de Rocco, cuando algo surgió del bosque.

Algo muy pequeño.

Tan pequeño, que Trevor, Clara y Lenny casi no lo ven.

Pero lo vieron.

Y se quedaron los tres boquiabiertos.

Había para eso y para más, porque el diminuto animal que acababa de surgir de entre los árboles, no mayor que un ratón, era un perro.

Un perro idéntico a Rocco, sólo que infinitamente más pequeño.

¡Era el propio Rocco, reducido a tamaño de bolsillo…!

CAPITULO II

A unos tres kilómetros de la casa de los Mitchell, se alzaba una cabaña, también próxima al lago Flathead Era pequeña, pero confortable y acogedora.

Pertenecía a SholtoAlwyn, un escritor de novelas de misterio que vivía en Kalispell. Tenía treinta y dos años, el pelo oscuro y las facciones agradables.

Sholto solía escribir en su apartamento, pero a veces lo hacía también en su cabaña, donde disfrutaba de una mayor tranquilidad. Lo malo era que le tentaba gozar de la naturaleza y acababa olvidándose de su novela y sustituyendo el trabajo por un placentero paseo por el bosque, por una visita al lago, y por una zambullida en sus limpias aguas, cuando el buen tiempo lo permitía.

De ahí que SholtoAlwyn prefiriera trabajar en la ciudad y acudir a su cabaña solamente en plan de relax, sin obligaciones, y a ser posible en buena compañía.

En esta ocasión, así había sido.

Y la compañía no podía ser mejor.

Se trataba de Romina Kelsey, una atractiva modelo, a la que Sholto había conocido hacía muy poco y depura casualidad. Tenía veinticuatro años, el pelo castaño, y los ojos color violeta.

Habían llegado al atardecer, en el helimóvil de SholtoAlwyn, que se hallaba posado frente a la cabaña. Habían cenado ya y estaban tomando una copa de licor sentados frente a la chimenea, en un cómodo sofá, recibiendo el agradable calorcillo que despedían los leños mientras se consumían lentamente.

—Me encanta tu cabaña, Sholto —dijo la modelo.

—¿De veras?

—Sí, se está de maravilla aquí.

—Me alegro de que te sientas a gusto, Romina —dijo el escritor, pasándole el brazo por los hombros.

La modelo, que vestía un ajustado pantalón de cuero, marrón, y un jersey amarillo, lo miró.

—Es el primer paso, ¿no?

—¿Cómo?

—Lo de pasarme el brazo por los hombros.

—No te entiendo.

—Te estás preparando para besarme, confiésalo.

SholtoAlwyn tosió.

—Ni se me había pasado por la imaginación, Romina.

—Embustero.

—¿No me crees?

—Naturalmente que no. Sé que estás deseando besarme. Y es normal, porque no soy una chica fea. Si lo fuera...

—No serías modelo.

—Por supuesto que no. Ni sería modelo, ni tú me habrías

invitado a pasar el fin de semana en tu cabaña.

—Te equivocas. Te habría invitado igualmente, porque a mí me gustan las chicas feas.

—¿Bromeas...?

—No, hablo en serio. Siento una especial debilidad por las mujeres poco agraciadas. Cuanto más fea es la chica, más me gusta. La última que traje aquí, tenía unas cejas que eran auténticos cepillos, la nariz ganchuda boca de rana, dientes de camello, y un par de horribles verrugas en la barbilla.

—¡Qué horror! —exclamó Romina, riendo.

—Pues yo estaba loco por ella, créeme.

—Sería por su cuerpo, porque por su cara...

—No, si de cuerpo aún estaba peor.

—¿Peor, dices...?

—Tenía el cuello largo como un periscopio, el hombro derecho más alto que el izquierdo, un bulto en la espalda como una cantimplora de gordo, el pecho casi plano, el trasero plano del todo, nada de curva en las caderas, los muslos flacos y velludos... Y por si fuera poco, cojeaba de la pierna izquierda.

—¡El colmo! —exclamó Romina, que no paraba de reír.

—Una desgracia de mujer, sí. Pero yo la echo mucho de menos. No sabes cuánto.

—¿Qué ha sido de ella...?

—Cometió un error y lo pagó muy caro.

—¿Qué clase de error?

—Visitó el Parque Zoológico, la confundieron con un bicho raro, y la enjaularon al instante.

Romina Kelsey rió con ganas.

—¡Vete a la porra, Sholto!

—Es la verdad, Romina. La chica, que se llama Cornelia, sigue en el Zoológico. Y en su jaula hay un letrero que dice: «Cornelia, el bicho que habla.»

—¡Basta, Sholto, por favor! —pidió la modelo—. ¡Me duele el estómago de tanto reír!

Alwyn dejó su copa sobre la diminuta mesa que se hallaba a un lado del sofá y metió la mano por debajo del jersey de Romina, diciendo:

—Te daré unos masajes.

—¿Dónde? — preguntó ella.

—En el estómago. Has dicho que te duele, ¿no? —Sí,

—Esto te aliviará.

—Como note que tu mano se va para arriba, te daré una bofetada, te lo advierto.

—Tranquila, que eso no sucederá. Ya sabes que a mí me gustan feas y desgarbadas.

—Entonces, yo no debo gustarte nada.

—Muy poco, ésa es la verdad.

—¿Por qué me invitaste a pasar el fin de semana en tu cabaña, pues?

—No quería estar solo. Y como no encontré ninguna chica fea...

—¿Por qué no sacaste a Cornelia del Zoológico?

—Lo intenté, pero no quiere abandonarlo.

—¿Cómo es eso...?

—Se siente feliz allí, porque recibe muchas visitas al día. Es la máxima atracción del Zoológico. Además, se ha enamorado del orangután.

Romina volvió a reír.

—¿Y el orangután le corresponde...?

—Parece que sí, porque Cornelia me aseguró que en primavera traerá al mundo un par de orangutanitos. Yen eso tiene que haber colaborado el orangután, claro.

Las carcajadas de la modelo continuaron.

—¡Eres terrible, Sholto!

Alwyn rió también y siguió masajeando el suave y cálido estómago de Romina Kelsey. Poco a poco, sin embargo, su mano iba ganando centímetros en dirección al busto, totalmente libre bajo el jersey, porque la modelo no llevaba sujetador.

Ni falta que le hacía, dada la firmeza de sus jóvenes y armoniosos senos, que el jersey se encargaba de dibujar.

Romina se percató del disimulado ascenso de la mano del escritor y dijo:

—Puedes suspender los masajes, Sholto. El estómago ha dejado de dolerme.

—¿Tan pronto?

—Debe ser que tienes mano de santo.

—Romina…

Alwyn acercó su cara a la de ella y la besó cálidamente en los labios, llenitos y dulces. Y lo hizo sin retirar la mano de debajo del jersey.

La modelo sonrió.

—Conque ni siquiera se te había pasado por la imaginación el besarme, ¿eh?

—Me han entrado ganas de pronto.

—¿Cómo es eso? Porque a ti las chicas bonitas no te van…

—Es cierto. Si tuvieras cara de cabra, joroba, y una pierna ortopédica, te habría poseído ya un par de veces.

Romina rió.

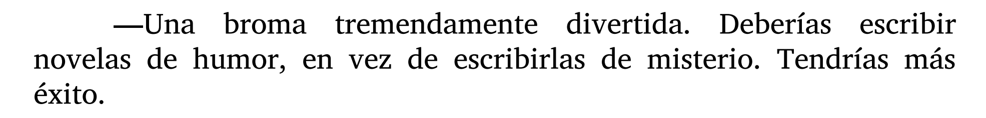
—Eres un cínico de campeonato.

Sholto le quitó la copa de las manos y se deshizo de ella. Después, acercó nuevamente su rostro al de lamodelo.

—Me gustas mucho, Romina.

—No tanto como Cornelia.

—Cornelia no existe. Ha sido una broma y tú lo sabes.



—Una broma tremendamente divertida. Deberías escribir novelas de humor, en vez de escribirlas de misterio. Tendrías más éxito.

—¿Tú crees?

—Estoy segura.

—Yo estoy seguro de otra cosa.

—¿De qué?

—De que va a ser un fin de semana inolvidable.

—La mano, Sholto.

—¿Quieres que sellemos algún pacto?

—Lo que quiero es que la saques de debajo del jersey. Está rozando ya mis pechos.

Alwyn se los acarició suavemente.

—¿Te refieres a estas dos jorobitas...?

—Me ofendes empleando el diminutivo. No los tengo tan pequeños.

—Perdona, no lo dije con esa intención. Es evidenteque posees un busto espléndido.

—Me siento muy orgullosa de él.

—Puedes sentirte orgullosa de tu busto y de todo lo demás —repuso Sholto, y volvió a besarla en los labios, esta vez con vehemencia.

Romina se dejó besar y consintió también que el escritor siguiera acariciándole los senos, porque lo hacía con delicadeza y habilidad, proporcionándole un maravilloso placer.

Cuando aceptó la invitación de Sholto, ya sabía que tendría que hacer el amor con él, porque era lo normal en una pareja que acude a una solitaria cabaña a pasarel fin de semana.

Romina lo deseaba, pues sintió algo especial por Sholto desde el principio. Y confiaba en que él sintiera lo mismo por ella, para que aquello fuera algo más que una simple aventura.

CAPITULO III

Los Mitchell no salían de su perplejidad.

Se negaban a admitir como real lo que sus agrandados ojos estaban contemplando, porque les parecía absolutamente imposible que aquel minúsculo perro fuera Rocco.

Un animal tan enorme y tan poderoso como Rocco no podía convertirse de buenas a primeras en un perrito tan pequeño como un ratón.

¡Si cuando nació era más grande que ahora...! Sin embargo, era Rocco.

No había la menor duda de ello, pues incluso llevaba al cuello su collar. Un collar muy particular e inconfundible, que también había quedado infinitamente reducido de tamaño, por lo que seguía ajustado al ahora pequeñísimo cuello del perro.

El empequeñecido Rocco había salido de entre los árboles con muchas prisas, evidentemente asustado. Mientras corría hacia sus asombrados amos, lanzó unpar de ladridos.

Y qué ladridos...

Parecían gemidos de un gato.

Y no de un gato adulto, sino de un gato recién nacido.

A penas se le oyó.

Rocco debía sentirse avergonzado de su actual forma de ladrar, acostumbrado como estaba a hacer temblar el suelo con sus potentes ladridos de gigantesco perro alsaciano.

Quizá por eso, por sentir vergüenza de su forma deladrar y de su ridículo tamaño actual, no fue hacia Trevor Mitchell, que era el más próximo a él. Lo sorteó con la habilidad de un travieso ratoncillo y fue hacia Lenny.

La muchacha seguía junto a su madre, aunque ya no estaba abrazada a ella. El reducido Rocco se subió

a una de sus botas y lanzó otro par de ridículos ladridos, como suplicándole que lo tomara en brazos y lo protegiera contra su pecho.

Lenny se agachó lentamente y lo cogió con mano, temblorosas, porque seguía sin dar crédito a lo que sus ojos veían. El perrito se sintió mucho mejor y le lamió las manos, agradecido.

La joven miró a su madre y después a su padre, con los ojos muy abiertos.

—¡Es Rocco...! —exclamó, haciendo un gracioso gallo con la voz.

—¡No es posible! —rechazó Clara, retrocediendo un paso.

Trevor se acercó lentamente, con la escopeta en las manos.

—Sí, es Rocco —murmuró—. Lleva su collar.

—¡Ese no es él collar de Rocco! —gritó su mujer— ¡El de él es mucho más grande! ¡Ese parece una sortija!

—Se ha encogido considerablemente, lo mismo que Rocco —repuso Trevor.

—¿Qué ha podido pasar, papá...? —preguntó

Lenny.

—No lo sé, hija. Pero sospecho que el responsable del empequeñecimiento de Rocco y de su collar es ese misterioso rayo luminoso que cruzó el cielo como una exhalación.

Lenny sintió un profundo estremecimiento, pero aún fue más grande el que sufrió su madre.

—¿El rayo luminoso, dices...? —galleó Clara, con las facciones

desencajadas.

Trevor la miró.

—Me temo que sí, Clara. Rocco debió sufrir alguna especie de radiación cósmica que hizo menguar exageradamente su tamaño. Creo que por eso lanzó aquel terrible aullido.

—¡Qué espanto!

Trevor le pasó el brazo izquierdo por la espalda y la atrajo hacia sí.

—No perdamos la calma, cariño. Lamento profundamente lo que le ha sucedido a Rocco, pero peor hubiera sido que nos hubiese sucedido a uno de nosotros.

Clara sufrió una nerviosa sacudida.

—¿Nos puede suceder, Trevor...? —preguntó, claramente aterrorizada.

—Naturalmente que no. Yo estaba aquí afuera cuando ese extraño rayo anaranjado cruzó el cielo, y su paso no me afectó en absoluto. Tampoco afectó a Rocco en ese momento, le afectó después, cuando se internó en el bosque a gran velocidad, lo que me hace sospechar que el rayo luminoso cayó no muy lejos de aquíy Rocco llegó hasta allí. Entonces fue cuando recibe esa especie de radiación cósmica, o lo que fuera, y su cuerpo se redujo considerablemente. Rocco se asustó al verse tan pequeño y regresó corriendo.

—¡Debemos informar a las autoridades, Trevor —Sí, hay que hacerlo. Aunque no sé si nos creerán Lo ocurrido es tan fantástico, que lo más probable es que piensen que hemos bebido más de la cuenta, que pretendemos tomarles el pelo.

—¡Que vengan y lo comprueben!

—Eso es lo que pienso decirles, si veo que dudan de mis palabras. Y dudaran, ya lo verás.

—¡Entremos en la casa! ¡Me asusta seguir aquí afuera!

—Tranquilízate, Clara. El peligro no está aquí, sino donde cayó esa «cosa». Si Rocco no hubiera ido hasta allí, no le habría sucedido nada.

—Y tú ibas ya en su busca... —recordó su mujer

estremeciéndose.

—Tenía que acudir en su ayuda, después del aullido tan desesperado que lanzó. Afortunadamente, no fue necesario que yo me internase en el bosque y llegara hasta donde cayó el rayo luminoso.

—¡Te hubieras convertido en un liliputiense, Trevor! —No pienses en eso y entremos en la casa. Hay que llamar a Kalispell.

Entraron los tres en la casa, no sin antes dirigir sen das miradas hacia el lugar por donde había aparecido Rocco, convertido ya en un perro de bolsillo.

¿Temían que pudiera surgir algo más...?

Si era así, ninguno de los tres lo confesó.

Resultó sintomático, no obstante, que Clara indicara:

—Echa el cerrojo, Trevor.

Su marido lo hizo.

Clara miró al pequeñísimo Rocco con cierto temor y dijo:

—¿No será malo que Lenny tenga a Rocco en brazos, Trevor?

—¿Por qué iba a ser malo, mamá? —preguntó la muchacha.

—Si recibió una radiación cósmica, como tu padre sospecha, podría contaminarte y...

Lenny respingó.

—¿Contaminarme...?

—Será mejor que lo dejes en un sillón.

—Pero...

—Haz caso a tu madre, Lenny —pidió Trevor—. No creo que haya ningún peligro, pero no está de más tomar precauciones hasta que Rocco sea examinado por los científicos y ellos nos confirmen que no existe riesgo de contaminación.

La muchacha obedeció y depositó al diminuto perro en el sillón más próximo.

—No te muevas de aquí, ¿eh, Rocco?

El perrito emitió un débil ladrido y se removió en el asiento, como pidiendo ser tomado de nuevo en brazos, pero Lenny no volvió a tocarlo.

Estaba un poco asustada ante la posibilidad de haber sido contaminada por el reducido Rocco y dijo: —Voy a lavarme las manos con jabón.

—Buena idea, Lenny —aprobó su madre.

—Yo voy a hacer la llamada a Kalispell —dijo Trevor.

—Sí, cuanto antes mejor —repuso Clara.

Trevor Mitchell se acercó al videófono y marcó el número de la policía, pero en la pantalla no apareció nadie. Después de iluminarse correctamente, surgieron unas rayas extrañas que emitían una serie de agudos zumbidos, realmente molestos para el oído.

Clara, sorprendida, preguntó:

—¿Qué demonios ocurre, Trevor...?

No tengo la menor idea.

¿Se habrá averiado el videófono?

—Es posible.

—Entonces, no vas a poder hablar con las autoridades...

—Con esto, es evidente que no. Pero utilizaré el telecomunicador del helimóvil.

—¡Excelente idea! —exclamó Clara, que no había pensado en ello.

Justo en aquel momento regresó Lenny, secándose todavía las manos con una pequeña toalla. Oyó los molestos zumbidos y preguntó:

—¿Qué sucede, papá?

—No podemos utilizar el videófono, hija. No funciona.

¿Qué le pasa?

No lo sé.

Lenny observó las extrañas rayas que aparecían en la pantalla y

murmuró:

—Parece una interferencia.

—Sea lo que sea, no podemos hacer la llamada a Kalispell. Pero ya le he dicho a tu madre que utilizaré el telecomunicador del helimóvil.

—Esperemos que funcione.

Trevor y Clara cambiaron una mirada.

—¿Por qué no iba a funcionar, Lenny? —preguntó Trevor.

—Quizá coja la misma interferencia que el videófono.

—No me haría ninguna gracia.

—Ni a mí—dijo Clara.

—Pronto saldremos de dudas —repuso Lenny, y apagó la pantalla del videófono.

Antes de caminar hacia la puerta, la muchacha miró al empequeñecido perro.

—Sigue quieto ahí, ¿eh, Rocco? Volveremos en seguida.

El diminuto can emitió otro de sus ridículos ladridos al ver que Trevor, Clara y Lenny se alejaban, dejándolo solo. Lanzó algunos más, pero los Mitchell no se detuvieron y alcanzaron la puerta.

Trevor descorrió el cerrojo y abrió, saliendo de la casa con la escopeta de caza en las manos. De repente, se quedó quieto y exclamó:

—¡El helimóvil no está!

Clara y Lenny, que habían salido también al porche, se quedaron igualmente paradas y pensaron asimismo que el helimóvil había desaparecido, puesto que no estaba posado frente a la casa.

Pero sí estaba, sólo que ahora era mucho más pequeño.

Tan pequeño, que parecía un helimóvil de juguete.

De ahí que los Mitchell tardaran algunos segundos en descubrirlo.

¡Al vehículo volador le había ocurrido lo mismo que a Rocco...!

CAPITULO IV

SholtoAlwyn besó una vez más los apetecibles labios de Romina Kelsey y sugirió:

—¿Nos acostarnos, nena?

—¿Tan pronto?

—Estoy que me caigo de sueño.

—Eso es un chiste. Lo que tú quieres, es caerte encima de mí.

El escritor emitió una risita.

—Es verdad. Estoy deseando hacer el amor contigo Romina.

—Dime una cosa, Sholto.

—¿Qué?

—¿Me has traído aquí sólo para eso? ¿Para hacer me el amor...?

Alwyn carraspeó.

—Bueno, no es la única razón.

—Dame las otras.

—Me gustaste en cuanto te vi, Romina. Además de

bonita y de poseer un cuerpo maravilloso, ere simpática y agradable. Un encanto de chica créeme.

—No soy una mujer fácil de conseguir Sholto.

—Ya lo supongo.

—Quiero puntualizarlo por si acaso piensas lo contrario.

—¿Y por qué iba yo a pensar que eres una mujer fácil…?

—Por mi profesión, quizá. Las modelos tenemos fama de desvergonzadas, pero no todas lo somos. Si acepté tu invitación, fue porque me causaste una buena impresión cuando nos conocimos. Y no me refiero a que seas un tipo alto, atlético y apuesto, sino a tu carácter. Eres amable, divertido, y ocurrente. Tu sentido del humor es realmente excepcional. Es imposible aburrirse a tu lado. Por eso accedí a pasar un fin de semana contigo. Deseaba conocerte mejor y que tú me conocieras también mejor a mí. No busco una aventura, Sholto. Las aventuras no me interesan, ¿comprendes?

—Sí, claro que sí. —Haré el amor contigo, pero ahora ya sabes que eso no es lo más importante para mí.

—Bueno, si no lo deseas, será mejor que nos olvidemos de ello —repuso Alwyn, retirando su mano de debajo del jersey de la modelo.

—¿Qué pasa? ¿Te has cansado ya de jugar con mis «jorobitas»…?

—No, no es eso.

—Creo que no me has entendido, Sholto. Me gustas y deseo hacer el amor contigo. Si no fuera así, no estaría aquí. Al decir que eso no es lo más importante para mí, me refería a…

—Te he entendido perfectamente, Romina. Tú buscas una relación sincera y profunda, duradera, que acabe incluso en matrimonio.

—No he dicho tanto…

—Pero lo piensas.

—¿Y tú estás en contra de eso, Sholto?

—No, en absoluto. Creo que puedo enamorarme de ti, porque me gustas de una forma especial. Y si eso sucediera, querría tenerte a mi lado para siempre.

—¿Cuál es el problema, entonces?

—Que puedo no enamorarme de ti, y entonces me llenarás de reproches.

—No te haré ningún reproche, Sholto.

—¿Seguro?

—¿Me los harás tú a mí, si soy yo la que no se enamora de ti?

—Ninguno, te doy mi palabra.

Romina le pasó los brazos por el cuello, le besó dulcemente en los labios, y dijo:

—¿Me llevas a la cama, Sholto?

—Con mucho gusto, nena —respondió el escritor levantándose del sofá y tomándola en brazos.

SholtoAlwyn vestía un pantalón rojo oscuro, una camisa azul brillante, de cuello cerrado, y una chaqueta de lana gris. Calzaba botas negras.

La cama se hallaba a pocos metros de la chimenea pegada a la pared de troncos, así que desde allí seguirían percibiendo el agradable calor que despedían los leños mientras ardían.

Las cortinas del par de ventanas no estaban echadas por lo que Romina Kelsey sugirió:

—Correrás las cortinas, ¿verdad?

—¿Por qué?

—Si pasa alguien, nos verá.

—¿Y quién va a pasar por aquí, a estas horas? Estamos en pleno bosque. La casa más próxima, la de los Mitchell, se halla a unos tres kilómetros, así que no hay cuidado.

—De todos modos, me sentiré más tranquila si corres las cortinas.

—Está bien, las correré.

Sholto depositó a Romina en la cama, le dio un beso en los labios, y dijo:

—Vuelvo en seguida, preciosa.

—Me iré desvistiendo, mientras tanto.

—Buena idea.

Sholto fue hacia una de las ventanas y echó la cortina.

Mientras caminaba hacia la otra, miró a Romina.

La modelo se había descalzado ya y despojado del pantalón de cuero, por lo que exhibía sus bellas piernas.

El escritor encanutó los labios y largó un silbido de admiración.

—Eso son un par de remos, y no lo que utilizo yo cuando paseo en barca por el lago Flathead.

Romina rió.

—¡Tonto!

Sholto alcanzó la otra ventana y, justo cuando iba a correr la cortina, vio una especie de rayo luminoso, de color anaranjado, cruzando el cielo a gran velocidad.

—¡Demonios! —exclamó, respingando.

Romina, que ya se disponía a despojarse del jersey, interrumpió su acción y preguntó:

—¿Qué sucede, Sholto...?

—¡Algo fantástico!

La modelo no pudo reprimir su curiosidad y saltó de la cama, corriendo descalza y con las piernas al aire hacia la ventana, a cuyo cristal permanecía prácticamente pegada la cara del escritor.

Romina miró también por la ventana, pero no vio nada anormal.

—¿Qué es eso tan fantástico, Sholto...?

—¡Ha desaparecido!

—¿El qué?

—¡El rayo luminoso!

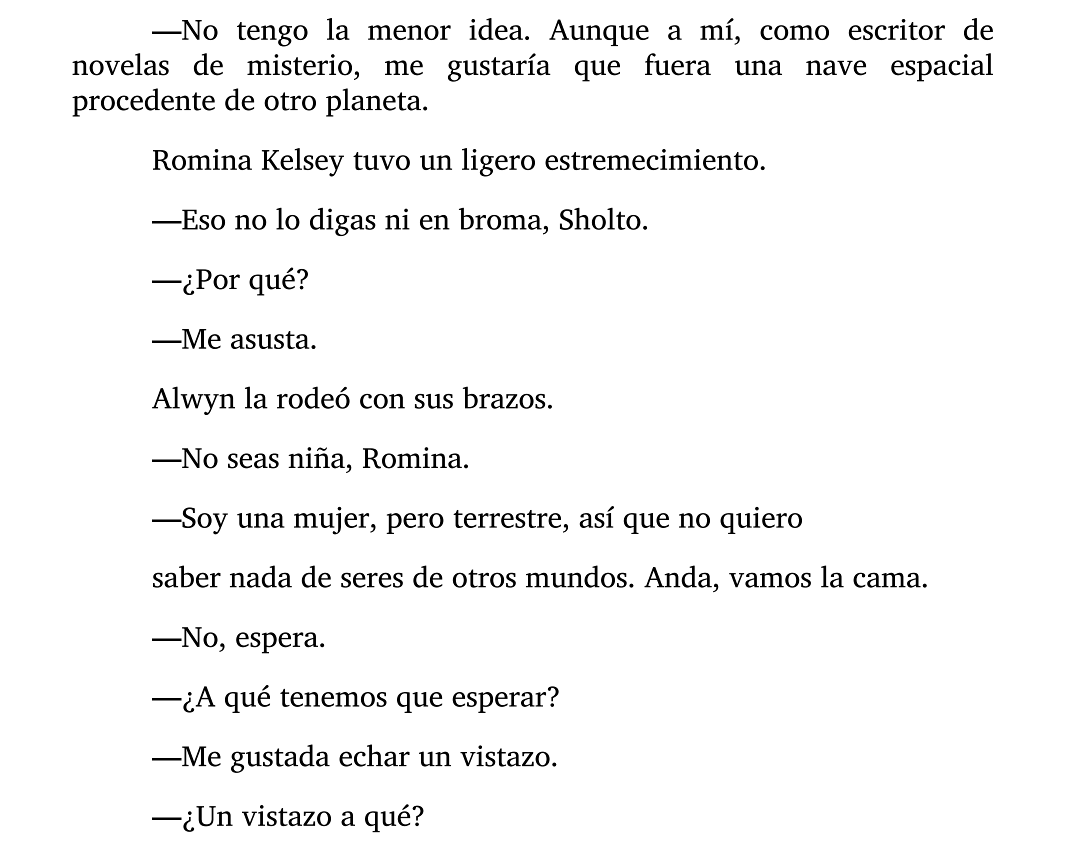
—¿Rayo luminoso...?

—¡Tenía un color anaranjado y surcaba el cielo como un cohete!

—Yo no veo nada, Sholto.

—¡Se ha perdido por allí! —señaló Alwyn.

—¿Y qué crees que sería...?



—No tengo la menor idea. Aunque a mí, como escritor de novelas de misterio, me gustaría que fuera una nave espacial procedente de otro planeta.

Romina Kelsey tuvo un ligero estremecimiento.

—Eso no lo digas ni en broma, Sholto.

—¿Por qué?

—Me asusta.

Alwyn la rodeó con sus brazos.

—No seas niña, Romina.

—Soy una mujer, pero terrestre, así que no quiero

saber nada de seres de otros mundos. Anda, vamos la cama.

—No, espera.

—¿A qué tenemos que esperar?

—Me gustada echar un vistazo.

—¿Un vistazo a qué?

—A la zona. Ese rayo luminoso, o lo que fuera puede haber caído cerca.

La modelo sintió un escalofrío.

—¡Olvídalo, Sholto!

—Vamos, nena, cálmate.

—¿Cómo me voy a calmar, si no paras de asustarme?

—No es ésa mi intención, te lo aseguro.

—Volvamos a la cama, por favor.

—Eso puede esperar, Romina.

La modelo apretó los labios.

—Se te han ido las ganas de hacer el amor conmigo, ¿eh?

—Ni mucho menos. Y te lo demostraré cuando volvamos.

—¿Cuando volvamos de dónde?

—De echar un vistazo a la zona.

—¡Ni hablar!

—Yendo conmigo, no tienes nada que temer, pero si prefieres quedarte, iré solo.

—¿Quedarme sola en la cabaña...?

—Solo tardaré unos minutos.

—¡No quiero quedarme sola, Sholto!

—Entonces, ven conmigo.

—¡Eso aún me asusta más!

Alwyn sonrió.

—Romina, nena...

—¡Te lo suplico, Sholto! ¡Volvamos a la cama y

échame el vistazo a mí! ¡Lo encontrarás mucho más interesante!.

—Seguro que sí —rió el escritor.

—¿De acuerdo, entonces...?

Alwyn la besó y prometió:

—En cuanto vuelva te escrutaré con lupa, cariño.

—¡Maldita sea!

—Anda, si no quieres quedarte sola, ponte el pantalón y las botas, y ven conmigo. Seguramente no encontraremos nada, pero...

—¡De acuerdo, te acompañaré! —accedió la modelo—. Pero ¡te hago responsable de lo que pueda sucederme!

—Acepto la responsabilidad —sonrió Alwyn.

Romina regresó junto a la cama, se colocó el pantalón y las botas, y ella y Sholto salieron de la cabaña.

El escritor tomó de la mano a la modelo y se internaron los dos en el bosque, en dirección hacia el lugar en donde podía haber caído el misterioso rayo luminoso.

CAPITULO V

La estupefacción mantenía paralizados a los Mitchell.

Los tres contemplaban, con ojos atónitos, el empequeñecido helimóvil, que casi no se veía desde el porche de la casa.

El primero en reaccionar, fue Trevor. Descendió del porche con paso lento y se aproximó al reducido aparato volador. Lo tomó con su mano derecha y lo levantó sin ningún esfuerzo, pues no pesaría más de dos o tres kilos.

—Por todos los santos del cielo... —murmuró—. ¡Es nuestro helimóvil! —gritó, mostrándolo a su mujer y su hija—. ¡Y se ha vuelto tan pequeño que lo tengo yo en mi mano!

—¡Esto es cosa de brujas! —chilló Clara, que temblaba como una hoja.

—¡Parece una pesadilla! —exclamó Lenny—. Primero el perro, ahora el helimóvil... ¡Tiene que ser un sueño!

—¡No estamos soñando, Lenny! ¡Está ocurriendo en realidad! —respondió su padre—. ¡Y todo es por culpa de esa maldita «cosa» que cayó cerca de aquí!

Clara, aterrada, gritó:

—¡Suelta el helimóvil, Trevor! ¡Puedes contagiarte!

—¡Sí, papá, suéltalo en seguida y vuelve aquí! —respondió Lenny—. ¡Puedes estar en peligro!

Trevor, visiblemente asustado, soltó el minúsculo helimóvil y alcanzó el porche en unas cuantas zancadas.

—¡Entremos en la casa, rápido! —indicó.

Penetraron los tres en ella y Trevor cerró la puerta con prontitud, echando seguidamente el cerrojo. Después, se situó junto a una de las ventanas y observó el exterior con precaución, la escopeta firmemente em puñada.

Clara y Lenny se acercaron a él, pálidas las dos.

—¿Qué vamos a hacer, papá? —preguntó la muchacha.

—No lo sé, Lenny.

—No podemos ponernos en contacto con las autoridades y contarles lo que ocurre, porque el videófono no funciona. Y tampoco

podemos ir a Kalispell, nos hemos quedado sin helimóvil. Con el que tenemos ahora, sólo podemos jugar.

—¡Es cosa de locos! —dijo Clara, sollozando de puro terror.

—No, es cosa del misterioso rayo luminoso —masculló Trevor —. Cuando ocurrió lo de Rocco, lo achaqué a una radiación cósmica, pero eso hay que descartarlo.

—¿Por qué? —preguntó Lenny.

—Las radiaciones, sean del tipo que sean, sólo afectan a los seres vivos, no a los objetos. Pueden alterar el organismo de una persona o de un animal, produciendo incluso una profunda mutación, pero no puede cambiar el tamaño o la forma de algo que no tiene vida, como es el caso del helimóvil. Debí pensar en o cuando hablamos del collar de Rocco. También es un objeto y no puede verse afectado por una radiación cósmica. Sin embargo, quedó tan reducido de tamaño como el perro.

—¿Qué pudo ocurrir, entonces...?

—No quisiera asustaros más de lo que ya lo estáis,

pero...

—Di lo que piensas, papá.

—Sí, Trevor. Habla —rogó Clara.

—Creo que Rocco fue atacado con un tipo de arma desconocida para nosotros. Un arma poderosa, capaz de reducir infinitamente de tamaño tanto a los seres vivos como a los objetos. No los destruye, pero los deja tan pequeños que resultan ridículos. Y nuestro helimóvil fue atacado también por el mismo tipo de arma.

Clara y Lenny intercambiaron una mirada.

Antes de que le hicieran ninguna pregunta, Trevor continuó:

—El rayo luminoso pudo ser muy bien un platillo volante, procedente de algún lejano planeta. Una nave extraterrestre tripulada, que se posó no lejos de aquí. Rocco la localizó y fue atacado por uno de esos seres llegados de otro mundo. Unos seres que no desean que su presencia en la Tierra sea descubierta, por lo que se apresuraron a inutilizar nuestro videófono, para que no pudiéramos informar a las autoridades de Kalispell. Después, redujeron de tamaño nuestro helimóvil, para que no podamos viajar a la ciudad en él. Y ahora de

ben estar vigilando la casa, para ver qué es lo que hacemos.

A Clara se le escapó un gemido de terror.

—¡Platillo volante...! ¡Seres de otro mundo...! —Bueno, es sólo una hipótesis —carraspeó Trevor—. Quizá esté equivocado, Clara. Con lo de la radiación cósmica también me equivoqué, así que no mehagáis demasiado caso.

Lenny, tan aterrorizada como su madre, dijo: —¡Tenemos que hacer algo, papá!

Trevor meneó la cabeza.

—Me temo que no podemos hacer nada, hija. Sólo vigilar los alrededores de la casa y permanecer atento; a la aparición de alguno de esos hipotéticos extraterrestres. Afortunadamente, tenemos con qué defendernos Si nos atacan, haré funcionar mi escopeta.

—¡Dios mío, creo que me voy a desmayar! —advirtió Clara, sintiendo que le flaqueaban las rodillas. —Ocúpate de ella, Lenny —pidió Trevor.

La muchacha abrazó a su madre.

—Por favor, mamá. Trata de sobreponerte. Yo tengo tanto miedo como tú, pero desmayándonos no solucionaremos nada. Tenemos que estar junto a papá. Puede necesitarnos.

Clara hizo un esfuerzo y logró superar aquel mal momento.

—Tienes razón, Lenny.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, noto las piernas un poco más firmes. Creo que el peligro de desvanecimiento ha pasado ya.

—Me alegro.

Trevor Mitchell seguía vigilando a través de la ventana, pero todo estaba tranquilo en el exterior.

—¿Ves algo, papá? — preguntó Lenny.

—No, nada se mueve ahí afuera.

—Mejor.

—Si pudiéramos avisar a SholtoAlwyn... —murmuró Trevor.

—Quizá no esté en su cabaña.

—Sí que está, Lenny.

—¿Cómo lo sabes?

—Vi pasar su helimóvil al atardecer.

—Habrá venido a pasar el fin de semana —adivinó Clara.

—Con una mujer, seguro—rezongó Lenny.

—Es natural, tratándose de un hombre soltero —repuso Trevor —. Pero es joven, fuerte y decidido. Y muy inteligente. Me gustaría tenerlo en estos momentos tan difíciles a mi lado. Seguro que se le ocurriría algo para salir de esta apurada situación.

—No podemos avisarle. El videófono está inutilizado —recordó Clara.

—Ya lo sé.

Lenny se mordió los labios.

—¿Quieres que vaya en su busca, papá?

—¿En busca de quién?

—De SholtoAlwyn.

—¡Estás loca! —exclamó Clara.

—Necesitamos ayuda, mamá.

—Pero ¡no puedes salir de esta casa! ¡Si lo haces, caerás en manas de esos seres desconocidos!

—Tu madre tiene razón —opinó Trevor—. Olvídalo, Lenny.

—Puedo salir por la parte de atrás. Quizá así no me

descubran.

—Estará bien vigilada.

—Tal vez no.

Trevor movió la cabeza.

—No insistas, hija. Sería una locura intentarlo.

—¿No crees que vale la pena correr el riesgo, papá? Si nos quedamos los tres encerrados en la casa, no…

—¡Mirad eso! —gritó Trevor, con ojos dilatados, pues acababa de descubrir a un extraterrestre.

CAPITULO VI

SholtoAlwyn y Romina Kelsey seguían avanzando por el bosque, en silenció. El escritor había tomado una linterna eléctrica, pero todavía no había hecho uso de ella, pues conocía bien el terreno que pisaban y, como la noche era clara, no había necesidad de alumbrarse con la lámpara.

Además, la luz de la linterna revelaría su incursión en el bosque y Alwyn prefería que no se supiera. Ignoraba lo que iban a encontrar, e incluso si encontrarían algo, pero le parecía más prudente avanzar así, sin la delatora luz de la lámpara.

Romina apretaba la mano de Sholto con fuerza, lo que revelaba claramente que seguía asustada. Sin embargo, no decía nada. Y es que tenía incluso miedo de su propia voz.

Cuando se habían alejado ya casi un kilómetro de la cabaña, la modelo dio un paso en falso y cayó al suelo, dando un grito.

—¡Sholto!

El escritor se apresuró a cubrirle la boca con la mano.

—No grites, Romina.

Ella se quedó muy quieta, mirándole con ojos asustados.

Cuando Alwyn retiró su mano, la modelo preguntó en voz baja:

—¿Por qué no quieres que grite, Sholto?

—Pura precaución.

—Dijiste que seguramente no encontraríamos nada. —Y sigo pensando lo mismo.

—Pues te comportas como si esperaras encontrar algo muy serio.

—¿Por qué lo dices?

—Avanzamos en silencio, sin hablar, con la linterna apagada...

—Pura precaución, también.

—Ya.

—¿Te has hecho daño en la caída, Romina?

—Un poco.

—Te ayudaré a ponerte en pie.

—Gracias.

La modelo se incorporó.

—Puedes caminar, ¿verdad? — preguntó Sholto. —Claro.

—Continuemos, pues.

—Sholto...

—¿Qué?

—¿Por qué no regresamos a la cabaña?

—Romina, ya sabes que...

—Hemos recorrido un largo trecho y no hemos encontrado nada. Y es que seguramente no cayó nada. ¿Para qué seguir? Estamos perdiendo tontamente el tiempo.

—Rastrearemos un poco más la zona. Según mis cálculos, el misterioso rayo anaranjado pudo caer entre la casa de los Mitchell y mi cabaña.

—También pudo continuar surcando el cielo. ¿O

no...?

—Sí, claro. Pero yo juraría que cayó en el bosque. Por eso quiero seguir rastreando la zona. Si no encontramos nada, regresaremos a la cabaña y te rastrearé a ti desde el cabello a las uñas de los pies —prometió Alwyn, y le dio un beso.

La modelo lanzó un suspiro de resignación.

—De acuerdo, continuemos. Pero como me vuelva a caer, lo más probable es que luego no esté en condiciones de hacer el amor contigo, te lo advierto —gruñó.

—Me daría con la cabeza contra los troncos de la pared —aseguró el escritor, sonriendo.

Después, reanudaron el rastreo de la zona.

Unos veinte minutos más tarde, descubrían algo entre los árboles.

El objeto tenía forma de disco y una especie de torreta en el centro, con varios ojos de buey. Era metálico y brillaba con fuerza, aunque no se veía ninguna luz, ni exterior ni interior.

Sholto reaccionó con prontitud y empujó a Romina.

—¡Al suelo! —indicó, ahogando la voz.

Se pegaron los dos a la tierra y desde allí, levantando sólo la cabeza, observaron el brillante objeto, que tendría como mucho unos seis metros de diámetro por tres de altura en el centro, donde tenía la torreta.

El metálico objeto tenía todas las trazas de ser una nave espacial procedente de otro planeta, pero Romina Kelsey, que se resistía a admitirlo, preguntó con un hilo de voz:

—¿Qué demonios es eso, Sholto...?

El escritor no vaciló en la respuesta:

—Un platillo volador procedente de otro mundo.

* * *

Tras el grito de Trevor, Clara y Lenny miraron por la ventana, descubriendo también al ser de otro mundo que acababa de surgir de entre los árboles.

Era de estatura media, pues no mediría más de 1,70, y tenía apariencia humana, ya que disponía de cabeza, tronco y cuatro extremidades, dos superiores y dos inferiores, como los terrestres.

No se le podía ver la cara, porque llevaba puesto un brillante casco plateado que le cubría totalmente la cabeza e incluso el cuello. El casco disponía de una serie de rendijas horizontales a la altura de los ojos y otra serie de rendijas verticales a la altura de la boca.

El alienígena vestía un traje morado, brillante, de una sola pieza, que se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel, dibujando todos y cada uno de. sus músculos.

No era un hombre alto, pero si fornido y fuerte. Llevaba guantes plateados, como el casco, muy largos, pues casi le llegaban hasta los codos. Las botas, igualmente plateadas, eran más bien cortas. De su cinto, ancho y artístico, pendían algunos extraños objetos.

También era extraño el objeto que esgrimía en su mano derecha. Parecía una pequeña linterna eléctrica, pero debía ser un arma, por su forma de empuñarla.

Un arma terrible, capaz de reducir considerablemente de tamaño a los seres vivos y a los objetos, a juzgar por lo sucedido con Rocco y con el helimóvil.

Los Mitchell estaban sin habla.

Contemplaban al extraterrestre con unos ojos como platos, expresando varias cosas a la vez. Temor, angustia, pánico...

El alienígena se había detenido cerca de los árboles que le sirvieran para ocultarse y desde allí miraba a su vez a los Mitchell, muy quieto, con su arma presta funcionar.

Trevor hizo un esfuerzo y recuperó el habla, murmurando:

—Mi segunda hipótesis se ha confirmado... El rayo luminoso era un platillo volante y ése es uno de sus tripulantes... El redujo de tamaño a Rocco, inutilizó nuestro videófono, y después convirtió nuestro helimovil en un juguete...

Lenny, dominando su terror, dijo:

—Se ha detenido. Parece que no quiere aproximarse a la casa. Y no se ven más seres. ¿Viajaría solo en la nave...?

—Ojalá —deseó Trevor—. Si no hay más seres nuestra situación no será tan difícil. Puedo abatir a éste fácilmente con mi escopeta.

—¡Levanta el cristal de la ventana y dispárale, Trevor! —pidió Clara.

—¿Y si hay más...?

—Creo que no debemos precipitarnos, papá —opinó Lenny—. En realidad, ese ser todavía no nos ha causado ningún daño. Es

indudable que tiene poder para destruir y matar, pero se limitó a reducir de tamaño a Rocco, seguramente para que no le atacara. No quiso quitarle la vida, lo cual parece demostrar que no tiene malos sentimientos. Y lo de inutilizar nuestro videófono, parece una precaución lógica. Como también lo es lo de reducir nuestro helimóvil para impedirnos viajar a Kalispell en él e informar a las autoridades Como tú dijiste, no desea que se sepa que se halla en la Tierra.

—Es posible que tengas razón, hija, y que ese ser no desee causarnos daño —admitió Trevor—. De haber querido eliminarnos, pudo hacerlo cuando salimos de

la casa para utilizar el telecomunicador del helimóvil.

Seguro que nos está observando, oculto entre los árboles. Si hubiera hecho uso de su poderosa arma, ahora seriamos tres liliputienses y el extraterrestre estaría jugando con nosotros.

Las palabras de Lenny y de Trevor hicieron que Clara se sintiera un poco mejor.

—Ojalá estéis en lo cierto —dijo—. Nosotros no le hemos hecho nada a ese ser. ¿Por qué tendría él que causarnos daño a nosotros...?

—¿Por qué no hablas con él, papá? —sugirió Lenny.

Trevor respingó levemente.

—¿Hablar con él?

—Si le hacemos saber que tampoco nosotros desea mos eliminarlo, el problema podría solucionarse rápidamente. Nos haríamos amigos y ya no tendríamos na da que temer de él.

—Me parece que tienes razón, Lenny. Saldré y trataré de hacerle comprender que somos gente de paz.

Clara lo cogió del brazo.

—Trevor...

—La idea de Lenny es buena, Clara.

—Sí, pero ten cuidado. No sabemos cómo reaccionará el extraterrestre cuando te vea salir de la casa.

—No temas. Tendré mi escopeta preparada, y si él intenta hacer uso de su arma, no dudaré en disparar. No quiero verme convertido en un liliputiense.

Clara le besó en la mejilla.

—Suerte, Trevor.

—Gracias, querida —sonrió ligeramente el cincuentón, y caminó hacia la puerta. Antes de abrir, indicó—: Vosotras continuad ahí, junto a la ventana. No quiero que salgáis de la casa, pase lo que pase. ¿De acuerdo…?

Clara y Lenny asintieron con sendos movimientos de cabeza.

Trevor inspiró profundamente, abrió la puerta, y salió al porche, con la escopeta preparada.

El extraterrestre le apuntó inmediatamente con su extraña arma.

Y Trevor, convencido de que iba a utilizarla, apuntó a su vez con su escopeta de caza y accionó gatillo.

CAPITULO VII

Romina Kelsey estaba que la ropa no le tocaba el cuerpo tras las palabras de SholtoAlwyn, aunque no habían hecho más que confirmar lo que ella ya se temía.

Era tan evidente que tenían ante sus ojos una auténtica nave espacial procedente de otro planeta...

La modelo quiso pronunciar el nombre del escritor, pero no le salió la voz. Al segundo intento, sin embargo, lo consiguió.

—Sholto...

—¿Qué?

—Larguémonos de aquí en seguida.

—Ni hablar. Esto es fantástico, Romina.

—¿El qué es fantástico?

—Contemplar desde tan cerca un auténtico platillo volador, procedente de sólo Dios sabe dónde.

—Habrá alguien dentro, Sholto.

—Seguro. Aunque, por el tamaño de la nave, no creo que viajen en ella más de dos seres. Quizá uno solo.

—Nos pueden descubrir...

—Será difícil. Estamos pegados al suelo y es de noche, lo cual nos favorece.

—Yo no quiero permanecer aquí un solo segundo más. ¡Estoy aterrada, Sholto!

Alwyn le paseó la mano por la espalda y acabó posándola en su firme trasero. Lo oprimió y dijo:

—Procura tranquilizarte, Romina. No corremos apenas peligro aquí, siempre y cuando no hagamos ruido ni levantemos la voz.

La modelo lo miró.

—¿Por qué me toqueteas la grupa?

—Es una forma de matar la espera.

—¿Y qué es lo que esperamos?

—Que los tripulantes del platillo se dejen ver.

Romina se estremeció.

—Yo no tengo ningún interés en conocerlos, Sholto —Yo, en cambio, tengo mucho. Quiero saber cómo son físicamente, cómo visten, cómo caminan...

—Para luego describirlos en una de tus novelas de misterio, ¿eh?

—Exacto.

—Pues cuando se publique compraré un ejemplar y me enteraré de todo. Adiós, Sholto.

—Quieta.

—Me largo, Sholto.

—Quiero que te quedes conmigo.

—Y yo quiero regresar a la cabaña.

—Estarás más segura a mi lado.

—¿A sólo unos metros de un platillo volador, esperando a que

salgan sus tripulantes, nos descubran y nos atrapen...?

—Lo último no sucederá.

—Eso es lo que tú dices, pero...

—Me estoy preguntando algo, Romina.

—¿El qué?

—¿No habrán salido ya?

La modelo respingó.

—¿Los tripulantes del platillo...?

—¿Qué te hace pensar que...?

—Las luces apagadas, el silencio... Este lugar está algo más cerca de la casa de los Mitchell que de mi cabaña, lo cual me hace suponer que quizá los tripulantes abandonaron la nave mientras nosotros veníamos hacia aquí y se dirigieron a la casa de los Mitchell, para hacerles una visita.

—Si estás en lo cierto, compadezco a los Mitchell. —Yo también, porque se llevarán un buen susto. —Lo peor no será el susto.

—Esperaremos unos minutos más, y si no sucede nada, nos acercaremos a la casa de los Mitchell.

—No hables en plural, porque yo me largo ahora mismo.

—No puedo permitir que regreses sola a la cabaña, Romina.

—¿Temes que me pierda?

—No, lo que temo es que te tropieces con el extraterrestre.

La modelo sintió un ramalazo de frío en la espalda. —¿No dijiste que la casa de los Mitchell está más próxima que tu cabaña...?

—Sí, pero los tripulantes del platillo no lo saben y quizá visiten mi cabaña en lugar de la casa de los Mitchell.

—Nos hubiéramos encontrado con ellos al venir hacia aquí, ¿no?

—Quizá nos cruzamos sin descubrirnos los unos a los otros.

Romina Kelsey apretó los dientes.

—Tú lo que quieres es asustarme para que siga a tu lado.

—No es verdad. Pero me hice responsable de tu seguridad y debo procurar que no te suceda nada.

—Está bien, me quedo. Pero mata la espera de otra manera, ¿eh?

—¿A qué te refieres?

—A los apretones de trasero. Lo tengo ya medio triturado.

SholtoAlwyn emitió una risita queda.

Iba a responder a las palabras de la modelo, cuando se oyó un estampido lejano.

—¡Diablos! —exclamó, dando un respingo.

—¿Qué ha sido eso, Sholto…?

—¡Un disparo!

—¿Un disparo…?

—¡Parece la escopeta de caza de Trevor Mitchell!

—¡Cielos! —exclamó Romina—. ¡Eso significa que los extraterrestres han llegado ya a la casa de los Mitchell!

—¡Seguro! ¡Corramos hacia allí! —dijo Alwyn, irguiéndose.

La modelo siguió tumbada.

—¿Correr hacia allí…? —galleó.

—¡Tenemos que ayudar a los Mitchell, Romina!

—¡Si vamos caeremos también en manos de los extraterrestres!

—¡Confía en mí! ¡Vamos, arriba! —apremió el escritor, levantándola del suelo.

—¡Sholto!

—¡Corre, Romina!

La modelo no tuvo más remedio que obedecer, porque SholtoAlwyn la había cogido de la mano y tiraba ya de ella.

* * *

La bala disparada por la magnífica escopeta de caza de Trevor Mitchell no alcanzó al ser de otro mundo. Y no porque hubiera sido mal dirigida, pues Trevor poseía una excelente puntería y, aunque el pulso le temblaba más de la cuenta en aquellos momentos, debido a las especiales circunstancias, el proyectil partió directo hacia el pecho del extraterrestre.

Sin embargo, no se incrustó en él.

¿Por qué...?

Pues, sencillamente, porque no llegó hasta allí.

La bala se desintegró por el camino.

Y se desintegró porque el alienígena hizo uso de su extraña arma casi al mismo tiempo que Trevor Mitchell accionaba su escopeta, enviando un delgado rayo verdoso y brillante que se encontró en el aire con el proyectil escupido por la escopeta de caza.

La bala se empequeñeció tanto, que desapareció totalmente varios metros antes de llegar al pecho del extraterrestre.

Trevor Mitchell no tuvo tiempo de efectuar más disparos, porque el ser de otro mundo accionó de nuevo su temible arma, con mucha rapidez, y un segundo rayo verdoso y brillante brotó instantáneamente del extremo de lo que parecía una pequeña linterna eléctrica.

El delgado rayo alcanzó la escopeta de caza de Trevor Mitchell y la redujo considerablemente de tamaño,

lo que hizo que escapara de las manos del cincuentón y cayera al suelo.

Trevor la miró con ojos asombrados.

¡Su soberbia escopeta de caza no tenía ahora ni diez centímetros de longitud...!

¡Aquello no era un arma ni era nada!

¡Había quedado indefenso frente al extraterrestre!

Trevor Mitchell alzó su espantada mirada y la posó en el

habitante de otro mundo, que seguía apuntándole con su increíble arma.

—No... —pronunció, con voz estrangulada, al tiempo que daba un paso atrás.

El alienígena iba a disparar de nuevo.

¡Le iba a convertir en un hombrecillo de quince o veinte centímetros de estatura!

¡Quizá menos!

¡Lo dejaría tan reducido que el ser de otro mundo podría aplastarlo con una de sus botas!

¡O mandarlo al techo del porche de una patada!

Lógico, por tanto, que el terror se hubiese apoderado de Trevor Mitchell, agarrotando sus piernas de tal manera que las sentía como si fuesen de madera.

Al dar el paso atrás, había vacilado y casi había perdido el equilibrio, por culpa de la rigidez de sus miembros inferiores.

Estaba perdido y él lo sabía.

Y lo mismo pensaban Clara y Lenny, que presenciaban la escena desde la ventana. Habían visto disparar a Trevor, sin que lograra nada con ello, y luego habían visto la réplica del extraterrestre, convirtiendo su escopeta de caza en una ridícula miniatura.

El siguiente disparo del ser de otro mundo, convertiría a Trevor en una miniatura de hombre.

¡Y eso iba a suceder ya!

Clara se llevó las manos a la cabeza y chilló:

—¡Noooooooo...!

—¡Entra en casa, papá! ¡Rápido! —gritó Lenny.

Trevor lo intentó, pero como parecía tener dos patas de palo en vez de dos piernas, cayó al suelo y quedó tirado en el porche.

Tan sólo un segundo después, el alienígena le enviaba uno de aquellos delgados rayos verdosos y brillantes.

CAPITULO VIII

Trevor Mitchell lanzó un grito desgarrador cuando recibió el rayo reductor en su pecho, porque el proceso de empequeñecimiento se inició en seguida y fue asombrosamente rápido.

En sólo tres segundos, su cuerpo quedó infinitamente reducido.

Entre veinte o veintidós centímetros de estatura.

No mediría más.

Trevor Mitchell sintió un terror indescriptible al comprobar que todo cuanto le rodeaba se había agigantado considerablemente, adquiriendo un tamaño monstruoso.

Naturalmente, era una impresión falsa, pues todo seguía teniendo el mismo tamaño que antes, nada se había agigantado. Ocurría, sencillamente, que debido a su ridículo tamaño actual Trevor lo veía todo gigantesco, monstruoso.

Su sillón favorito, por ejemplo, se le antojaba una montaña con brazos y respaldo. El cenicero que había sobre la mesa ratona, una bañera sin agua. Y su pipa, que también estaba sobre la mesa, un cañón antiaéreo.

Lo único que ahora le parecía normal, era su escopeta de caza.

Su tamaño era ideal para un hombrecillo de veinte o veintidós centímetros de estatura, pero Trevor no se atrevió a empuñarla.

¿Qué podría hacer con ella frente al extraterrestre, que ahora se le antojaba un rascacielos...?

Nada.

Si acaso, cosquillas.

Sería como pretender abatir un elefante con un rifle de perdigones.

Mientras Trevor Mitchell pensaba todo eso, Clara había sufrido un desvanecimiento y se había desplomado redonda. No pudo resistir la tremenda impresión de ver a su marido convertido en una miniatura de hombre.

—¡Mamá! —gritó Lenny, cuando vio derrumbarse a Clara.

Y es que no sabía si se trataba de un simple desmayo o de un fulminante ataque cardíaco, pues había motivos de sobra para esto último.

El propio corazón de Lenny parecía galopar en vez de latir, después de lo ocurrido.

La muchacha dudó entre atender a su madre o correr en ayuda de su padre, que ahora se hallaba más indefenso que nunca con su ridícula talla de liliputiense.

Lenny decidió que su padre la necesitaba más y corrió hacia la puerta.

—¡Papá!

—¡Lenny! —respondió Trevor, con su vocecita de ahora, que parecía de grillo.

La joven alcanzó la puerta, pero vaciló antes de cruzarla.

El extraterrestre le estaba apuntando con su poderosa arma.

¿Dispararía...?

¿La convertiría también en un ser diminuto y ridículo...?

Lenny se dijo que su suerte sería la misma tanto si salía al porche en ayuda de su padre como si permanecía encerrada en la casa, porque ella nada podría hacer por detener al ser de otro mundo, así que se armó de valor y cruzó la puerta.

El alienígena, por el momento, no accionó su arma.

Seguía parado cerca de los árboles, no había dado un solo paso adelante.

Trevor Mitchell había descubierto otra cosa que guardaba relación con su tamaño actual, aparte de su escopeta de caza: su helimóvil. Como había sido también infinitamente reducido por el extraterrestre, Trevor podría ahora montar en él, ponerlo en funcionamiento, y alejarse.

Pero el alienígena no se lo permitiría, claro.

Ni siquiera le dejaría acercarse al aparato volador, así que lo mejor era refugiarse en la casa y ocultarse debajo de un sillón. Con su tamaño de ahora, podría esconderse hasta en una caja de zapatos.

Al ver que su hija salía al porche, Trevor suplicó:

—¡Cógeme en brazos, Lenny!

La muchacha se agachó, sin dejar de mirar al ser llegado de otro mundo, y tomó aquella especie de mu ñequito viviente que ahora era su padre.

—Dios mío, papá... —musitó.

—¡Entrame en casa, Lenny! ¡Rápido! — pidió Trevor, asustado como un conejillo de Indias.

La joven se irguió lentamente.

—No me sueltes, ¿eh? —dijo Trevor, al verse a tantos metros del suelo.

Bueno, sólo estaba a metro y pico, pero a él se le antojaban ocho o diez, debido a su tamaño.

Lenny retrocedió despacio, sin apartar los ojos del extraterrestre, porque él no dejaba de apuntarle con su arma y podía disparar de un momento a otro.

—¡De prisa, Lenny, de prisa! —rogó Trevor.

La muchacha retrocedió con algo más de ligereza, se introdujo en la casa, y cerró la puerta con rapidez, dando gracias al cielo porque el alienígena no hubiera disparado contra ella.

—¡Echa el cerrojo, hija! — indicó Trevor.

Lenny lo hizo, aunque era consciente de que no iba a servir de nada, dado el poderío de aquel ser procedente de otro mundo.

Y estaba en lo cierto.

El extraterrestre no tendría la menor dificultad para entrar en la casa y hacer lo que se le antojara con los tres miembros de la familia Mitchell.

Después de correr el grueso cerrojo, Lenny corrió hacia la

ventana, para ver si el habitante de otro planeta venía hacia la casa o seguía quieto junto a los árboles.

N i lo uno ni lo otro.

El alienígena se había esfumado.

—¡Ha desaparecido...! —exclamó Lenny, preguntándose si eso sería bueno o malo para sus padres y para ella.

* * *

SholtoAlwyn y Romina Kelsey seguían corriendo por el bosque, en dirección a la casa de los Mitchell. El escritor, como conocía bien el terreno, no tenía ningún problema, pero la modelo había estado a punto de caerse en un par de ocasiones.

—¿Aún falta mucho, Sholto? — preguntó Romina.

—No, ya estamos llegando.

—Tú no llevas arma alguna. ¿Cómo vamos a ayudar a los Mitchell...?

—Encontraremos la manera, no te preocupes.

—¡Nos vamos a meter en la boca del lobo, Sholto!

—Por un amigo, yo hago lo que sea —repuso el escritor—. Y Trevor Mitchell lo es.

La modelo no dijo nada.

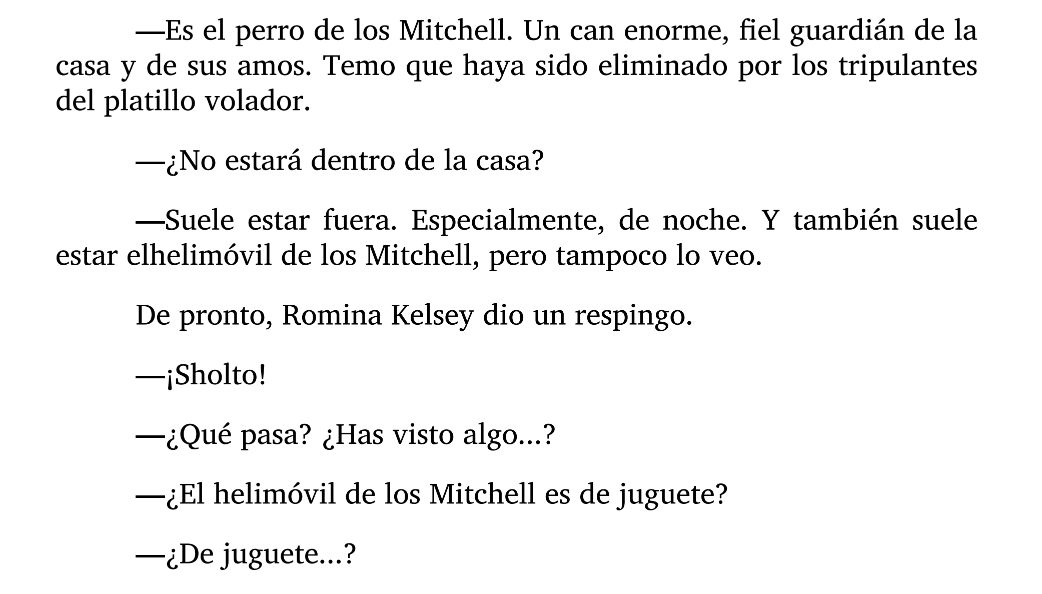
Poco después, divisaban la casa de los Mitchell.

Antes de dejarse ver, Sholto y Romina observaron la casa y sus alrededores.

—Todo parece tranquilo... —murmuró la modelo.

—Pues a mí no me gusta este silencio —rezongó Sholto—. El disparo de Trevor reveló que se hallaba en peligro. Y no veo a Rocco por ninguna parte.

—¿Rocco...?



—Es el perro de los Mitchell. Un can enorme, fiel guardián de la casa y de sus amos. Temo que haya sido eliminado por los tripulantes del platillo volador.

—¿No estará dentro de la casa?

—Suele estar fuera. Especialmente, de noche. Y también suele estar elhelimóvil de los Mitchell, pero tampoco lo veo.

De pronto, Romina Kelsey dio un respingo.

—¡Sholto!

—¿Qué pasa? ¿Has visto algo...?

—¿El helimóvil de los Mitchell es de juguete?

—¿De juguete...?

—Eso pregunto.

—¡Qué tontería! Los Mitchell son un matrimonio ya mayor y no tienen niños. Sólo tienen una hija, se llama Lenny, y ha cumplido ya los veintidós años. ¿Para qué iban a querer un helimóvil de juguete...? ¡El que tienen es de verdad!

—Pues me temo que ha encogido bastante...

—¿De qué demonios hablas, Romina?

—Estoy viendo un helimóvil pequeñísimo.

—¿Dónde?

—Allí.

Alwyn siguió la dirección que indicaba el brazo extendido de la modelo y descubrió también el reducido aparato volador.

—¡Por todos los diablos! —exclamó, respingando.

—¿A qué parece de juguete? —dijo Romina.

—Pero ¡no lo es! ¡Es el helimóvil de los Mitchell, sólo que infinitamente más pequeño.

—¿Qué puede haber sucedido, Sholto...?

—No lo sé, pero sospecho que debe ser cosa de los extraterrestres —rezongó el escritor.

—¿Y cómo pudieron ellos...?

—Lo averiguaremos, Romina. Vamos.

—¿Quieres entrar en la casa, Sholto?

—Sí.

—Pero...

—¿Prefieres quedarte aquí?

—No, no quiero quedarme sola. Iré contigo, Sholto.

—Bien. No hables y no hagas ruido. Vamos.

Salieron los dos sigilosamente de entre los árboles y caminaron en silencio hacia la casa. Cuando alcanzaron el porche y subieron a él, descubrieron en el suelo la escopeta de caza de Trevor Mitchell, increíblemente reducida también.

Sholto y Romina cambiaron una mirada de asombro.

De repente, la puerta se abrió y Lenny Mitchell se dejó ver.

—¡Sholto! —exclamó, con alegría.

CAPITULO IX

SholtoAlwyn se alegró también de ver a la hija de Trevor Mitchell, aparentemente sana y salva.

—Lenny...

—¡Adentro, Sholto! ¡Rápido! —pidió la muchacha, mirando con temor hacia los árboles.

El escritor y Romina Kelsey se apresuraron a entrar en la casa, cuya puerta cerró rápidamente Lenny Mitchell, echando el cerrojo.

—¿Qué sucede, Lenny? — preguntó Alwyn.

La joven se abrazó con fuerza a él, sin responder.

—¡Cuánto me alegro de que esté aquí, Sholto!

—¿Qué ha pasado, Lenny?

—¡Algo increíble!

—¿Dónde están tus padres?

—Mi madre se halla en el sofá, desvanecida. Y mi padre...

—Continúa, Lenny.

La muchacha no pudo reprimirse por más tiempo y estalló en sollozos.

—¡Oh, Dios mío, pobre papá!

Sholto miró a Romina, temiéndose ambos lo peor.

El escritor cogió de los brazos a la hija de Trevor Mitchell.

—¿Qué le ha ocurrido a tu padre, Lenny?

—¡Algo espantoso!

—¿Dónde está?

Antes de que la joven respondiera, se oyó una vocecita que dijo:

—¡Estoy aquí, Sholto!

Alwyn respingó ligeramente.

—¿Quién ha dicho eso?... ¿Quién ha hablado?

—¡Soy yo, Sholto! ¡Trevor Mitchell! ¡Estoy en el florero!

El escritor respingó otra vez, pero ahora mucho más fuerte.

—¿He oído «florero»...?

Los sollozos de Lenny arreciaron, mientras decía:

—¡Sí, Sholto, sí! ¡Mi padre se oculta en el florero!

Romina localizó el florero antes que Sholto y dio un brinco de sorpresa, al comprobar que efectivamente había un hombre en él, reducido a la mínima expresión.

—¡Es cierto...! —exclamó, con ojos desorbitados.

Alwyn localizó también el florero y faltó poco para que se cayera deculo, como los valientes.

—¡Debo estar soñando! ¡Primero el helimóvil, después la

escopeta de caza, ahora Trevor Mitchell…!

—¡Y Rocco! —dijo Lenny.

—¿También el perro se ha vuelto pequeño…?

—¡Fue el primero! ¡Está allí, Sholto! ¡Encima de aquel sillón! —la joven lo señaló.

Sholto y Romina miraron hacia el sillón y descubrieron, sobre el asiento, al reducido Rocco.

El perrito soltó un ladrido, pero fue tan débil, que prácticamente se ahogó por el camino.

—¡Eso no es un perro! ¡Es un ratón…! —exclamó Romina, con ganas de subirse a una silla.

—¡No es un ratón! ¡Es Rocco! —insistió Lenny, cuyos sollozos iban remitiendo.

Alwyn se agarró la cabeza.

—¡Esto es para volverse loco!

—¡Es cosa del extraterrestre, Sholto! ¡Un ser llegado de otro mundo, aunque usted no lo crea! —informó Lenny.

El escritor la miró.

—Sí lo creo, Lenny, porque Romina y yo vimos su nave.

—¿De veras?

—Es un platillo volador y se halla posado en el bosque, entre esta casa y mi cabaña. Pero allí no hay nadie. Las luces de la nave están apagadas. La estábamos observando, cuando oímos un disparo y vinimos corriendo hacia aquí. Lo efectuó tu padre, ¿verdad?

—¡Sí, contra el extraterrestre!

—¿Y le dio…?

—¡No!

—¿Dónde está ese ser, Lenny?

—¡No lo sé! ¡Desapareció después de convertir a mi padre en una miniatura de hombre!

Sholto y Romina miraron hacia el florero, en el que seguía medio oculto Trevor Mitchell. El escritor lanzó un suspiro y dijo:

—Será mejor que me lo cuentes todo desde el principio, Lenny. Con calma y con detalle. Quiero saber cómo es ese ser y todo lo que hizo.

* * *

LennyMitchel había informado ya de todo lo sucedido a SholtoAlwyn y Romina Kelsey. Trevor Mitchell había intervenido también en el relato, con su vocecita de grillo, pero no desde el florero, porque ya no se encontraba allí.

Lo había sacado Sholto de su escondite, con toda delicadeza, y lo había depositado en el asiento del sillón que ocupaba el también empequeñecido Rocco.

El perro agradeció muchísimo la compañía de su amo, especialmente porque ahora lo veía normal, como antes de que él se volviera tan pequeño.

Y lo mismo le sucedió a Trevor Mitchell, pues pudo acariciar al animal como lo hacía antes de convertirse en un ridículo hombrecillo y así se quitó un poco el complejo de liliputiense.

Trevor comprendía ahora perfectamente el terror de Rocco cuando regresó de su incursión en el bosque convertido en un animalito no mayor que un ratón, porque él también había experimentado la horrible sensación de ver cómo todo a su alrededor se volvía gigantesco de pronto, monstruoso...

Se sentía uno tan indefenso, que hasta le entraban ganas de llorar.

Trevor no lo había hecho, pero faltó muy poco.

Clara, su esposa, había vuelto en sí justo en el momento en que Lenny y Trevor acababan de relatar a Sholto y a Romina lo sucedido. Se puso histérica de nuevo al comprobar que Trevor seguía convertido en un liliputiense, como Rocco, pero Lenny y Romina consiguieron calmarla.

Lo que más ayudó a calmar a Clara, sin embargo, fue la

presencia de SholtoAlwyn, porque era un hombre joven y decidido, fuerte, e inteligente, como muy bien señalara Trevor, antes de su enfrentamiento con el extraterrestre.

Si alguien podía sacarles de aquella situación, era Sholto.

Clara se abrazó a él y suplicó:

—Tiene que ayudarnos, Sholto.

—A eso vine, señora Mitchell —respondió el escritor, palmeándole suavemente la espalda.

—¡Hay que destruir a ese ser!

—Bueno, la verdad es que no ha matado a nadie... —recordó Alwyn, con un ligero carraspeo—. Redujo considerablemente de tamaño a Trevor y a Rocco, es cierto, pero sin causarles daño.

—¿Y le parece poco...?

—Sé que es terrible, señora Mitchell, pero estoy seguro de que es una situación pasajera.

—¿Pasajera...?

—Quiero decir que Trevor y Rocco no se van a quedar así de pequeños para siempre.

—Mi marido ya no está en edad de crecer, Sholto.

Y me temo que el perro tampoco.

Alwyn soltó una risita.

—No me refería a eso, señora Mitchell.

—Expliqúese, se lo ruego.

—Verá, estoy convencido de que esa extraña arma que utiliza el extraterrestre puede devolver a la normalidad a las personas y objetos anteriormente reducidos por ella. Seguro que está capacitada para realizar esa doble función.

—¿Usted cree...?

—Apostaría lo que fuera.

Lenny intervino:

—Le recuerdo que el arma la tiene el extraterrestre, Sholto. Y si él no quiere utilizarla en ese sentido…

—Yo me encargó de convencerle.

—Por las buenas no creo que lo consiga.

—Intentaré lograrlo así, pero si no es posible, no tendré más remedio que obligarle.

—¿Cómo?

—Ya encontraré la manera.

Romina Kelsey terció:

—¿Te das cuenta de que estamos hablando de un extraterrestre, Sholto? ¿De un ser poderoso, llegado de otro planeta…?

—Naturalmente.

—¿Y te parece sencillo obligarle a…?

—Yo no he dicho que sea sencillo, Romina. Pero hallaré el modo de forzarle a devolver a Trevor y Rocco a su tamaño natural, si es que él se niega a hacerlo voluntariamente. Y pienso que no se negará, pues hasta ahora no ha hecho nada que demuestre que se trata de un ser cruel y destructivo.

—Pero no acepta el diálogo, Sholto —repuso Lenny—. Mi padre trató de hacerle comprender que somos gente de paz, ya se lo conté, pero el extraterrestre no le dejó. Le apuntó con su arma y…

—Que le apuntara con su arma, no significa que tuviera intención de utilizarla, Lenny. A ti también te apuntó, cuando saliste en ayuda de tu padre, pero no te disparó. Quizá se precipitó usted un poco, Trevor —opinó el escritor, mirándolo.

—Es posible, Sholto —admitió Mitchell—. Me asusté al ver que me apuntaba con su chisme y sólo pensé en anticiparme en el disparo, para que no me convirtiera en lo que ahora soy. Un ridículo liliputiense.

—No debe andar muy lejos —dijo Alwyn, y se puso en pie—. Veré si lo localizo.

—¡Sholto! — exclamó Romina, estremeciéndose.

—Tranquila, sólo voy a mirar por la ventana.

El escritor lo hizo y, al instante, exclamó:

—¡Ahí está!

CAPITULO X

Romina Kelsey, Clara y Lenny saltaron de sus respectivos asientos como impulsadas por sendos resortes, mientras Trevor Mitchell respingaba en el asiento del sillón y gritaba:

—¡Devuélveme al florero, Lenny!

La muchacha lo cogió, pero no lo ocultó en el florero, sino que lo llevó en brazos hacia la ventana. Clara y Romina corrieron también hacia allí, para ver al extraterrestre.

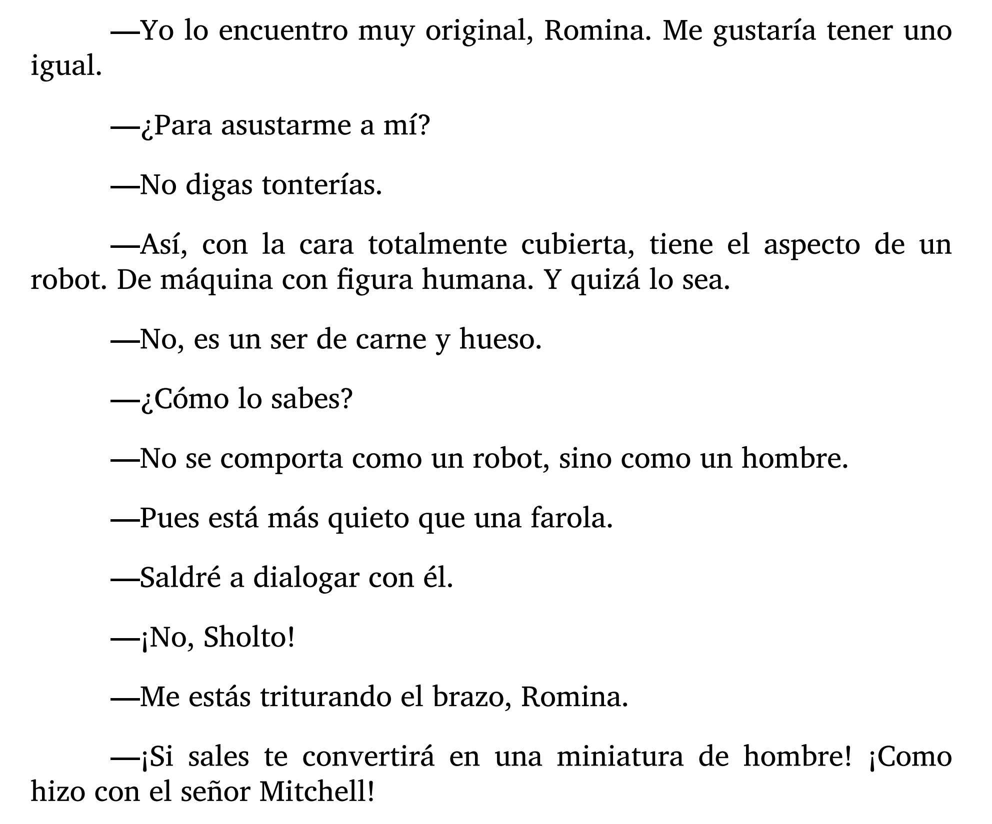
Rocco ladraba, asustado, pero como lo hacía con su voz de gato recién nacido, nadie le oía.

Romina, Clara y Lenny miraron por la ventana, descubriendo al alienígena cerca de los árboles. Permanecía quieto como un poste y esgrimía su arma de rayos reductores.

—¡Es un ser siniestro! —exclamó Romina, sintiendo frío por todo el cuerpo, pese a que la temperatura, en el interior de la casa, era cálida y agradable, gracias a los leños que ardían en la rústica chimenea.

—¿Por qué dices que es siniestro, si no puedes verle la cara? —repuso SholtoAlwyn.

—El casco es lo que me parece siniestro —aclaró la modelo, que se había agarrado al brazo izquierdo del escritor y se lo estaba apretando con fuerza.



—Yo lo encuentro muy original, Romina. Me gustaría tener uno igual.

—¿Para asustarme a mí?

—No digas tonterías.

—Así, con la cara totalmente cubierta, tiene el aspecto de un robot. De máquina con figura humana. Y quizá lo sea.

—No, es un ser de carne y hueso.

—¿Cómo lo sabes?

—No se comporta como un robot, sino como un hombre.

—Pues está más quieto que una farola.

—Saldré a dialogar con él.

—¡No, Sholto!

—Me estás triturando el brazo, Romina.

—¡Si sales te convertirá en una miniatura de hombre! ¡Como hizo con el señor Mitchell!

—¡Presente! —dijo Trevor, ubicado junto al busto de su hija, que ahora se le antojaba descomunal.

Lenny, inconscientemente, lo apretaba contra sus senos, aunque con suavidad, para no hacerle daño. Y Trevor se veía incrustado unas veces en el derecho y otras en el izquierdo, lo que le producía una sensación muy rara.

Alwyn lo miró y sonrió levemente.

—¿Aquí está usted, Trevor?

—Creo que Romina tiene razón, Sholto. Si sales de la casa, te ocurrirá lo mismo que a mí.

—Yo saldré desarmado.

—Eso no cambiará las cosas.

—No creo que el extraterrestre le dispare a un hombre desarmado, Trevor.

—Yo no estoy tan seguro. A mí me disparó después de haber

reducido mi escopeta —recordó Mitchell.

—Pero usted le había disparado antes, Trevor. Y eso debió enfadar al extraterrestre.

Lenny sugirió:

—¿Por qué no abre la ventana y le habla desde aquí, Sholto?

—¡Eso! —aprobó Romina.

—¡Sí, hágalo, Sholto! —pidió Clara.

El escritor sacudió la cabeza.

—No, prefiero salir.

—¿Por qué? — preguntó Lenny.

—Quiero demostrarle al extraterrestre que no le tengo miedo.

—¡Correrá un gran riesgo, Sholto! —dijo Clara.

—Confíen en mí.

—¡Maldito testarudo! —barbotó Romina, dando una rabiosa patadita en el suelo.

Alwyn le acarició la mejilla y después le dio un fugaz beso en los labios.

—Todo saldrá bien, nena —dijo, y caminó hacia la puerta con paso decidido.

—¡Sholto! —lo llamó la modelo.

El escritor no se detuvo.

Ni siquiera volvió la cabeza.

Romina quiso correr hacia él, pero Clara la cogió del brazo y la retuvo.

—Sholto sabe lo que se hace, Romina.

—¡El extraterrestre lo dejará tan diminuto como su marido!

—Confiemos en que no sea así y se solucione todo. La modelo no insistió.

SholtoAlwyn había alcanzado ya la puerta, descorrido el cerrojo,

y tirado de ella, dejándose ver.

El habitante de otro planeta le apuntó rápidamente con su temible arma, como si tuviera intención de dispararle, y Romina Kelsey tuvo un fallo cardíaco.

—¡Nooooooo...! —chilló, convencida de que el alienígena iba a convertir al escritor en otro liliputiense

* * *

SholtoAlwyn se quedó quieto en la puerta, con todos los nervios en tensión, aunque sin denotar temor alguno. Confiaba en que, si el extraterrestre le disparaba, le daría tiempo de arrojarse al suelo y esquivar el verdoso y brillante rayo reductor.

Fueron transcurriendo los segundos, sin embargo, y el alienígena no accionaba su arma. Sholto se dijo que el peor momento había pasado ya y salió al porche sin prisas.

El ser seguía apuntándole desde su posición, totalmente estático.

El escritor levantó su mano derecha en son de paz y exhibió una leve sonrisa.

—Te saludo, habitante de otro planeta.

El extraterrestre continuó quieto y silencioso, en guardia, sin fiarse un pelo.

Alwyn se presentó:

—Me llamo Sholto y quiero que seamos amigos. No llevo arma alguna, como puedes ver. Soy hombre de paz. Si me disparas cometerás una injusticia, porque yo no deseo causarte ningún daño.

El alienígena siguió inmóvil y callado.

Los Mitchell y Romina Kelsey también estaban quietos y callados, con los nervios a flor de piel. Contenían el aliento, mientras contemplaban la escena con los ojos muy abiertos.

Lenny, sin darse cuenta, apretaba a su padre con más fuerza contra su pecho. Trevor no protestaba, aunque en aquellos momentos se hallaba materialmente incrustado en el seno izquierdo de su hija y

notaba cómo el pezón le presionaba las costillas, amenazando con hundírselas.

Trevor hubiera querido agarrarlo con sus dos manos y desviarlo, pero no se atrevía. Temía que Lenny pensara mal si advertía que él le aferraba el pezón, así que lo olvidó y siguió soportando su dura presión en sus costillas.

SholtoAlwyn descendió del porche y dio unos pasos hacia el extraterrestre, parándose a menos de ocho metros de él.

—No sé si me entiendes, amigo, pero estoy tratando de decirte que yo...

—Te entiendo, terrícola —habló por fin el alienígena, a través de las rendijas verticales que su plateado casco tenía a la altura de la boca.

Su voz era extraña, hueca, profunda, pero se le entendía perfectamente, a pesar de su acento extranjero.

Sholto se alegró.

—Así que hablas nuestro idioma, ¿eh?

—Sí.

—Lo celebro de veras, porque así no tendremos ningún problema para dialogar. Ya te he dicho que mi nombre es Sholto. ¿Cuál es el tuyo, estraterrestre?

—Me llamo Godro.

—¿Godro?

—Sí.

—Es un nombre raro para nosotros, pero supongo que a ti también te parecerá raro el mío.

—Sholto, ¿no?

—Exacto.

—Sí, es raro para mí —confesó el alienígena. Alwyn emitió una risita.

—¿De dónde procedes, Godro? ¿Cómo se llama tu mundo?

—El nombre de mi planeta es Kumbo.

—Kumbo, ¿eh?

—Sí.

—¿Y está muy lejos?

—Kumbo pertenece a otra galaxia.

—Ya. ¿Y has hecho el viaje solo, Godro?

—Sí.

—¿Qué buscas en la Tierra?

—Nada.

—¿A qué has venido, entonces?

—Necesitaba un lugar para ocultarme. Y me pareció la Tierra el mejor.

—¿Ocultarte de quién, Godro?

—De los seres que me persiguen.

Alwyn respingó ligeramente.

—¿Te persiguen, dices?

—Sí.

—¿Por qué?

—Soy un fugitivo de la justicia de Kumbo —reveló el alienígena.

CAPITULO XI

A SholtoAlwyn no le gustó que el extraterrestre fuera un fugitivo de la justicia de Kumbo. Si lo buscaban, es porque había cometido algún delito.

Y si Godro había hecho daño en su planeta, también podría

hacerlo en la Tierra. Afortunadamente, no había sido así hasta el momento, pero si era un delincuente...

El escritor se atrevió a preguntar:

—¿Qué tiene la justicia de Kumbo contra ti, Godro?

—Sería largo de contar —respondió el alienígena.

—Tenemos tiempo, ¿no?

—Prefiero no hablar de ello, Sholto.

—Está bien. Si no quieres contármelo, no insistiré. En realidad, no me importa lo que hayas hecho en tu planeta, Godro. Lo que me importa, es lo que puedas hacer en el nuestro.

—No tengo intención de matar a nadie.

—Eso me tranquiliza. Pero aún me sentiría más tranquilo si dejaras de apuntarme con tu arma, Godro. Se te puede disparar sin querer y convertirme en un hombrecillo de veinte centímetros, como hiciste con mi buen amigo Trevor Mitchell.

—Le reduje de tamaño porque intentó matarme.

—No quería hacerlo, Godro. Pero se asustó al ver que le apuntabas con tu arma y... Debes disculparle. Es un buen hombre, te lo aseguro. Jamás ha hecho daño a nadie.

El habitante de Kumbo bajó el brazo y su arma apuntó hacia el suelo, lo cual supuso un gran alivio para los Mitchell y para Romina Kelsey, que seguían pendientes de lo que sucedía.

—Te creo, terrícola—dijo.

—Gracias por hacerme caso, Godro —sonrió Sholto, y avanzó un poco más.

El extraterrestre levantó inmediatamente el brazo y le apuntó de nuevo con su arma.

—Quieto ahí, Sholto.

El escritor se quedó clavado.

—¿Qué ocurre, Godro? ¿Ya no somos amigos...?

—Sí, pero no quiero que te acerques más a mí.

—¿Por qué?

—Eres un hombre decidido y valiente. Podrías intentar sorprenderme.

—No es ésa mi intención, créeme.

—Por si acaso.

—De acuerdo, no daré un paso más. Pero vuelve a bajar el arma, ¿eh?

El alienígena lo hizo.

SholtoAlwyn se pellizcó el lóbulo de la oreja.

—Dime una cosa, Godro.

—¿Qué quieres saber?

—¿Tu arma puede devolver a la normalidad a las personas y los objetos empequeñecidos por ella...?

—Así es.

El escritor se alegró muchísimo.

—Lo suponía, Godro. Y le dije a mi amigo Trevor Mitchell que lo devolverías a su tamaño normal.

—No pienso hacerlo.

—¿Por qué?

—Intentó liquidarme.

—Ya te expliqué por qué te disparó. Y creí que le habías perdonado.

—Seguirá siendo un ser diminuto.

—Godro...

—No insistas, Sholto.

—¿Es que no tienes corazón?

—A la mujer no le disparé. Y a ti tampoco. No me atacasteis y yo no hice uso de mi arma. Pero el hombre me disparó con la suya y ahora debe sufrir las consecuencias.

Alwyn comprendió que no lograría convencer al habitante de Kumbo y decidió actuar. Lo tenía a sólo

unos metros y podía saltar sobre él, derribarle, y arrebatarle el arma.

Con el fin de desviar la atención del extraterrestre, el escritor miró de pronto hacia los árboles y gritó: —¡Cuidado, Godro! ¡A tu espalda!

El alienígena mordió el anzuelo y se giró con rapidez, apuntando hacia los árboles con su arma.

Alwyn se lanzó sobre él y lo derribo violentamente antes de que tuviera tiempo de volverse. En su caída, el habitante de Kumbo perdió su arma, lo cual fue una suerte para el terrestre.

Lo que no perdió Godro en su caída, fue el metálico casco, que parecía perfectamente encajado a su cráneo. Y eso sí que no fue una suerte para SholtoAlwyn, pues le iba a impedir golpear en el rostro al alienígena. Ni siquiera en el cuello.

Y así, claro, le iba a ser muy difícil reducirle.

El extraterrestre, en vez de aceptar la lucha cuerpo a cuerpo, intentó recuperar su arma, que no había caído lejos, pero Sholto le sujetó el brazo y no se lo permitió.

Godro pugnó por librarse de él.

Era un tipo fuerte, pero Sholto también lo era y no estaba dispuesto a soltarle.

Desde la ventana, los Mitchell y Romina Kelsey presenciaban la pelea con ojos dilatados, porque el ataque de SholtoAlwyn al ser de otro mundo les había pillado de sorpresa a los cuatro.

—¡Están luchando! —exclamó la modelo.

—¡El extraterrestre ha perdido su arma! —observó Lenny.

—¡Está tratando de recuperarla, pero Sholto no le deja! —dijo Clara.

—¡Sholto es un tío grande! —exclamó Trevor, incrustado ahora en el seno derecho de su hija, aunque en esta ocasión no tenía problemas con el pezón, porque lo tenía justo al lado y no le presionaba nada.

Cuando oyó lo de «tío grande», Lenny dijo: —¡Especialmente, comparado contigo!

La broma de la muchacha hizo sonreír a Romina, a Clara, y al propio Trevor, quien replicó:

—¡Veremos si te atreves a repetir eso cuando haya recobrado mi tamaño normal, descarada!

Lenny soltó una risita y siguió pendiente de la lucha que sostenía SholtoAlwyn con el extraterrestre, lo mismo que sus padres y Romina Kelsey.

Godro le había asestado algunos golpes a Sholto, pero todavía no había conseguido deshacerse de él. Sholto también había golpeado varias veces al alienígena, pero como no podía conectarle los puños al rostro, por culpa del casco, sus golpes apenas habían hecho mella en el habitante de Kumbo.

Sholto se dijo que era necesario arrancarle el casco al extraterrestre, porque de lo contrario podría perder la pelea. Y si perdía la pelea, perdería también su tamaño normal, porque Godro no le perdonaría su ataque y lo convertiría en un liliputiense, como a Trevor Mitchell.

El escritor lo intentó, pero el alienígena le atizó un duro puñetazo en el mentón y lo tumbó de espaldas.

Godro aprovechó aquel momento para gatear hacia su arma.

Afortunadamente. Sholto reaccionó con rapidez y se arrojó sobre él como un felino, impidiéndole de nuevo alcanzar el arma.

Godro intentó golpearle nuevamente, pero Sholto se le adelantó y le incrustó el puño izquierdo en la zona del hígado.

El extraterrestre acusó el golpe, encogiéndose y emitiendo un rugido de dolor. Dio la impresión de que las fuerzas le habían abandonado momentáneamente.

Sholto le atizó otro puñetazo, en el estómago y con el puño derecho, y después agarró el plateado casco con ambas manos. Tiró de él con fuerza y consiguió arrancárselo, quedando entonces visible la cara del habitante de Kumbo.

Y era tan horrible, que el escritor no pudo evitar un profundo escalofrío.

* * *

Desde la casa no podía apreciarse tan bien, pero sí lo suficiente como para que los Mitchell y Romina Kelsey se estremecieran de horror.

—¡Dios mío! —exclamó la modelo.

—¡Es un ser aterrador! —gritó Lenny.

—¡Qué rostro tan espantoso! —dijo Clara.

—¡Con razón se lo cubría con el casco! —exclamó Trevor.

SholtoAlwyn se había quedado paralizado al ver el horripilante aspecto del ser de Kumbo. No tenía pelo, orejas, ni nariz. Ojos tenía dos, como los terrestres, pero eran redondos y los tenía muy salidos, como algunos, animales.

Eran unos ojos horribles.

Y la boca no resultaba mucho más agradable, pues parecía la de un sapo. Lo peor de todo, sin embargo, era el color verdoso de su piel.

Una piel dura, rugosa, como de animal, especialmente en la parte superior del cráneo, en ambos lados de la cabeza, y en el cuello.

El extraterrestre, aunque seguía acusando los dos últimos golpes recibidos, trató de aprovecharse de la terrible impresión que su aspecto le había causado a su rival y saltó en busca del arma, que ahora estaba muy cerca de él.

Por fortuna, Sholto reaccionó con celeridad y le arreó un par de golpes en la cabeza con el metálico casco, dejándolo inconsciente. Después, se apoderó del arma del alienígena y le colocó a éste el casco, para ocultar su horrible cara.

Luego, cargó con el ser de Kumbo y lo llevó hacia la casa.

—¡Lo trae hacia aquí! —exclamó Romina.

—¡Qué horror! —gritó Clara.

—¡Menos mal que le ha colocado nuevamente el casco! — dijo Lenny.

—¡Lo mejor de todo es que Sholto ha ganado la pelea y ahora tenemos en nuestro poder al extraterrestre! —señaló Trevor, jubiloso, y se agitó entre los senos de su hija.

CAPITULO XII

SholtoAlwyn entró en la casa, cargado con el habitante de Kumbo.

Lo dejó en el suelo, boca abajo, y dijo:

—Necesito algo para atarle las manos.

—Traeré una cuerda —respondió Lenny, y corrió en busca de ella, con su padre en brazos.

Romina Kelsey se acercó al escritor.

—¿Te encuentras bien, Sholto?

—Sí, nena.

—El extraterrestre te dio varios golpes...

—Pero la pelea la gané yo.

Clara Mitchell se aproximó también.

—¿Por qué le atacó usted, Sholto?

—Se negó a devolver a su esposo a su tamaño natural, señora Mitchell.

—¿Es posible devolverlo...?

—Sí, con esto —Alwyn le mostró el arma del alienígena—. Todavía no sé cómo funciona, pero lo averiguaré y Trevor volverá a ser un hombre normal.

—¡Dios lo quiera!

—Querrá, no lo dude. Y también querrá que Rocco vuelva a ser un perro normal —sonrió el escritor, desviando su mirada hacia el

diminuto can.

Lenny regresó con un buen pedazo de cuerda, delgada, pero extraordinariamente resistente.

—Aquí está la cuerda, Sholto.

—Gracias, Lenny.

Mientras Sholto le ataba las manos a la espalda al habitante de Kumbo, explicó a los Mitchell y a Romina lo que había hablado con él, porque éstos no pudieron oír la conversación desde la casa.

—Así que es un fugitivo de la ley, ¿eh? —dijo Trevor.

—Sí —asintió Alwyn.

—Debe ser un buen pájaro, pues.

—A pesar de ello, yo no tenía intención de atacarle. Si hubiera accedido a convertirlo a usted de nuevo en un hombre normal, yo habría continuado mostrándome pacífico y amistoso. Pero como se negó rotundamente, decidí sorprenderle y arrebatarle su arma.

—¿Está seguro de que sabrá hacerla funcionar, Sholto...? —preguntó Lenny.

—Naturalmente. Lo que yo no sepa hacer...

Clara Mitchell sonrió.

—Menos mal que acudió usted en nuestra ayuda. Sholto. Le estaremos los tres eternamente agradecidos.

—Era mi deber, señora Mitchell.

—Atalo bien fuerte, ¿eh, Sholto? —pidió Romina Kelsey—. Es un ser tan horrible, que si se soltara y volviera a dominar la situación creo que yo me moriría de espanto.

—Tranquilízate, no se soltará —aseguró el escritor—, Le estoy atando a conciencia.

—Desde luego es un ser horroroso —dijo Lenny.

—Si lo hubierais visto de cerca, como yo, aún os parecería más espeluznante. Por eso le coloqué de nuevo el casco, antes de cargar con él y traerlo a la casa.

Resulta muy desagradable contemplar una cara como la de este

tipo.

—Hizo usted muy bien, Sholto — dijo Clara.

Alwyn acabó de atar al extraterrestre y se irguió.

—Bien, llegó el momento de probar el arma de Godro. En este momento, está preparada para reducir infinitamente de tamaño cualquier cosa. Y me parece que hay que presionar este, diminuto botón verde para que funcione. Haré la primera prueba contigo, Romina.

La modelo dio un brinco tremendo al ver que el escritor le apuntaba con el arma del alienígena.

—¡No, Sholto...! — chilló.

Alwyn rompió a reír.

—¡Tranquila, que sólo ha sido una broma!

—Pues ¡no ha tenido ninguna gracia!

Alwyn desvió el arma hacia el sofá y presionó el minúsculo botón verde con la yema de su pulgar. Al instante, el chisme escupió un delgado rayo verdoso y brillante, que fue a estrellarse en el sofá.

En sólo dos o tres segundos, el mueble quedó convertido en un sofá de juguete.

—Bien, ya sabemos qué hay que hacer para reducir cosas —dijo el escritor, con una sonrisa—. Ahora, veamos cómo se puede cambiar la función del arma y lograr que los objetos reducidos recobren su tamaño de antes.

Alwyn estudió aquella especie de pequeña linterna eléctrica y llegó a la conclusión de que había que presionar el pequeño botón color naranja que se veía en la parte inferior del arma.

—Creo que ya lo tengo —dijo, y apuntó de nuevo hacia el sofá, ahora empequeñecido.

En cuanto presionó el diminuto botón color naranja, brotó un finísimo rayo del mismo color que alcanzó el reducido sofá. Dos o tres segundos después, el mueble volvía a tener su tamaño de antes.

—¡Bravo! —exclamó Lenny.

—¡Lo ha conseguido, Sholto! —gritó Clara.

—¡Te has ganado un beso! —dijo Romina, y se lo dio.

En los labios, naturalmente.

—¡Se ha ganado dos! —exclamó Lenny, que no quería ser menos, y besó también en los labios al escritor.

—¡Tres, se ha ganado tres! —dijo Clara, y besó asimismo a SholtoAlwyn.

—Pues yo me niego a besarle! —gritó Trevor, en un alarde de humor.

Se echaron todos a reír.

Después, Alwyn preguntó:

—¿Está dispuesto, Trevor?

—¡Cuando quieras, Sholto! ¡Estoy harto de estar en brazos de mi hija, como si fuera un niño de pecho!

Lo de «pecho» lo dijo con segunda intención, claro.

—Déjalo en el suelo, Lenny —indicó el escritor.

La muchacha obedeció.

Alwyn le apuntó con el arma, presionó el botonciío naranja, y...

—¡Hurra...! —gritó Trevor—. ¡Vuelvo a ser un gigante?

Clara y Lenny le abrazaron efusivamente.

Después, fue Trevor quien abrazó al escritor.

—¡Gracias por todo, Sholto! —dijo, emocionado.

—No hay de qué, Trevor.

Romina Kelsey carraspeó y dijo:

—Creo que Rocco también está deseando volver a su tamaño normal, Sholto.

—En seguida me ocupo de él.

Alwyn se separó de Mitchell y apuntó al perro con el arma, desde cerca, para no fallar.

Rocco se agitó, asustado, pues no olvidaba lo que sucedió la otra

vez que se vio apuntado por el objeto que ahora empuñaba el escritor.

Antes de disparar, Alwyn dijo:

—Prepárese para sujetar a Rocco, Trevor.

—¿Sujetarlo?... ¿Por qué?

—Es capaz de comerse al extraterrestre, por lo que le hizo.

Trevor Mitchell soltó una carcajada.

—¡Lo creo muy posible, sí!

Alwyn envió un rayo anaranjado sobre el perro y éste recobró su tamaño de antes sobre el asiento del sillón, lo que le produjo una gran alegría.

Rocco soltó un potente ladrido.

Tenía ganas de ladrar otra vez así, con voz de perrazo, y no de gato recién nacido.

—¡Rocco! —exclamó Lenny, tan contenta como el can, y le tendió los brazos, para que fuera hacia ella.

El perro saltó del sillón con la energía que le caracterizaba, pero no corrió hacia Lenny, sino hacia el habitante de Kumbo, con ganas de soltarle unas cuantas dentelladas.

—¡Deténgalo, Trevor! —gritó Alwyn.

—¡Quieto, Rocco! —ordenó Mitchell, sujetando al perro.

El enorme can ladró, como pidiendo a su amo que le permitiera destrozar al extraterrestre, pero Trevor no lo soltó.

—Cálmate, Rocco. Comprendo lo que sientes, porque yo lo pasé tan mal como tú, pero no debes atacar al tipo. Está inconsciente y además tiene las manos atadas. No puedes atacar a un hombre indefenso.

Lenny y Clara se acercaron y acariciaron al animal, ayudando a que se tranquilizara.

SholtoAlwyn lanzó un suspiro de alivio.

—Bien, parece que ya no se lo come.

—Adivinaste su reacción, Sholto —dijo Romina Kelsey,

sonriendo.

—Era de esperar que Rocco deseara vengarse del hombre que lo convirtió en el perro más pequeño de toda la Tierra.

—Claro.

—¿Qué le parece si devolvemos el helimóvil y la escopeta a su tamaño natural, Trevor? —sugirió Alwyn.

—Sí, vamos —respondió Mitchell.

Salieron todos de la casa, con Rocco.

Alwyn se ocupó primero de la escopeta de caza, haciendo que recobrase sus medidas de antes. Trevor Mitchell la empuñó en seguida, visiblemente satisfecho.

—Espero que funcione —dijo.

—¿Por qué no iba a funcionar…? Haga un disparo y verá.

Trevor se echó la escopeta a la cara y accionó el gatillo, incrustando la bala en el tronco de un árbol.

—¡Funciona! —exclamó.

—¿No se lo dije? —sonrió Alwyn—. Y el helimóvil también funcionará, cuando recobre su tamaño normal.

El escritor se ocupó de ello, enviando un rayo anaranjado sobre el pequeño aparato volador, que en sólo tres segundos volvió a la normalidad.

Rocco ladró, contento.

Después, entraron todos nuevamente en la casa.

Romina fue la primera en descubrir que el habitante de Kumbo no estaba.

—¡El extraterrestre se ha escapado…! —chilló, con ojos espantados.

CAPITULO XIII

El terror volvió a apoderarse de los Mitchell y de Romina Kelsey, porque ahora el ser de Kumbo sería mucho más peligroso que antes, después de lo sucedido.

Había sido golpeado por SholtoAlwyn y no se lo iba a perdonar. Querría vengarse de él y de todos.

El escritor no lograba explicarse cómo el alienígena había podido soltarse.

—No es posible... —murmuró.

—¡Te dije que lo ataras bien fuerte, Sholto! —recordó Romina.

—Y así lo hice. Por eso no comprendo cómo pudo...

—¡La cuerda no está! —observó Lenny.

—¡Es cierto! ¡No se ve por el suelo! —dijo Clara.

—¡Habrá huido con las manos atadas! —exclamó Trevor.

—¡Seguro! —respondió Alwyn—. ¡Vamos a por él, Trevor! ¡Puede que aún esté en la casa!

—¡Búscalo, Rocco! —ordenó Mitchell.

El poderoso can soltó un ladrido y se lanzó hacia adelante, olfateando el rastro del alienígena.

Sholto y Trevor le siguieron, el primero con el arma de Godro presta a escupir un rayo reductor y el segundo con su escopeta de caza preparada para escupir balas.

Clara, Lenny y Romina fueron tras ellos, porque no querían quedarse solas. El habitante de Kumbo podía haber salido por la parte de atrás de la casa y rodearla.

Y si tenía las manos libres, lo cual aún no se sabía, podía sorprenderlas irrumpiendo por la puerta y. darles un serio disgusto.

Rocco, con ese sentido especial que poseen algunos animales, había captado el olor del cuerpo del extra terrestre y siguiéndolo llegó hasta una de las ventanas de la parte de atrás de la casa.

¡Y la ventana estaba abierta!

—¡Ha escapado por aquí, Sholto! —dijo Trevor.

Alwyn rezongó una maldición.

—Si ha podido abrir la ventana, es que tiene las manos libres. Y sigo sin explicarme cómo diablos pudo soltarse.

—Quizá hizo uso de alguno de los chismes que llevaba en el cinturón.

—Sí, es posible. Debí despojarle de ellos.

Rocco quería saltar por la ventana, pero Trevor lo retenía.

—¿Qué hacemos, Sholto?

—Sospecho que Godro corre hacia su nave, en busca de armas. O para atacarnos con ella.

—¿Con su nave...? —respingó Trevor.

—Si lo hace, destruirá la casa y nos destruirá a todos con ella, así que sugiero que tratemos de darle alcance antes de que llegue al platillo volador.

—¿Podremos...?

—Rocco es muy veloz y creo que lo conseguirá.

—¡De acuerdo, no perdamos un solo segundo más! ¡Vamos por el tipo, Rocco! —indicó Trevor, soltando al perro.

El gigantesco can saltó ágilmente por la ventana.

Trevor y Sholto le imitaron, después de ordenar a las mujeres que se quedaran en la casa.

Romina, Clara y Lenny obedecieron, aunque seguían con el temor de verse sorprendidas por el extraterrestre. Pero parecía que Sholto tenía razón al sospechar que el habitante de Kumbo corría hacia su nave, para utilizarla o simplemente para tomar armas y regresar a la casa en busca de venganza.

¿Lograría Rocco darle alcance antes de que llegara al lugar en donde se hallaba posado el platillo volador...?

Romina, Clara y Lenny pidieron al cielo que así fuera, porque de lo contrario lo iban a pasar muy mal todos.

* * *

Rocco se había internado ya en el bosque en veloz carrera, siguiendo el rastro del ser de Kumbo. SholtoAlwyn y Trevor Mitchell le seguían, aunque no podían correr tan rápido como él, lógicamente. Pero, como ambos conocían bien el terreno, no se quedaban

demasiado rezagados.

Godro, en efecto, corría hacia su nave.

Y lo hacía muy rápido, también.

Cuando oyó los ladridos de Rocco, supo que su fuga había sido descubierta y que le estaban siguiendo, lo que le hizo correr aún con mayor rapidez.

Tenía que alcanzar la nave antes de que el enorme perro le alcanzara a él, porque ahora no tenía con qué reducirlo de tamaño ni con qué eliminarlo.

Por suerte para el extraterrestre, llevaba ya una buena ventaja cuando se inició la persecución. Y, aunque la perdió casi toda, porque Rocco desarrollaba una velocidad increíble, consiguió llegar hasta el platillo volador.

Con uno de los extraños objetos que llevaba al cinto, que realizaba las funciones de mando a distancia, abrió la puerta de la nave y se introdujo velozmente en ella.

Justo cuando la puerta se cerraba, aparecía Rocco, soltando ladridos, pero ya no le dio tiempo de atacar al alienígena.

Godro puso rápidamente los motores en funcionamiento y el platillo volador se elevó, haciendo retroceder a Rocco.

SholtoAlwyn, que le llevaba varios metros de ventaja a Trevor Mitchell, maldijo entre dientes cuando oyó el ruido de los motores de la nave, pues ello le demostró que Rocco no había podido alcanzar al habitante de Kumbo.

Lo mismo pensó Trevor.

Cuando Sholto llegó al lugar en donde permaneciera posada la nave, ésta había ganado ya mucha altura. A pesar de ello, el escritor le envió un rayo reductor, pero, como ya se temía, el rayo se quedó corto y el platillo volador siguió alejándose con rapidez.

—¡Maldito! —rugió Alwyn.

Trevor Mitchell lo alcanzó y exclamó:

—¡Hemos llegado tarde, Sholto!

—¡Volvamos a la casa, Trevor! ¡Godro es capaz de destruirla y hemos de salvar a las mujeres!

—¡Dios mío!

—¡Corramos, Trevor!

Sin concederse descanso. Sholto, Trevor y Rocco emprendieron el regreso a la casa.

Clara, Lenny y Romina habían vuelto al salón, después de cerrar la ventana que sirviera al habitante de Kumbo para escapar de la casa. La puerta también estaba cerrada.

De pronto, oyeron ruido de motores.

Corrieron las tres hacia la ventana y miraron al cielo, descubriendo el platillo volador de Godro, que ahora tenía las luces encendidas. Venía directo hacia la casa.

Naturalmente. Romina, Clara y Lenny se llenaron de terror.

—¡Es la nave del extraterrestre...! —gritó la modelo.

—¡Rocco no llegó a tiempo! —exclamó Clara.

—¡Nos va a atacar...! —adivinó Lenny.

Y así fue, ya que el platillo volante envió un rayo azulado contra el helimóvil y el aparato volador estalló en mil pedazos.

Romina, Lenny y Clara chillaron a la vez, dominadas por el pánico.

—¡Hay que salir de aquí! —dijo la modelo.

—¡Sí, abandonemos la casa o moriremos! —gritó Lenny.

—¡Por la parte de atrás, rápido! —indicó Clara.

Corrieron las tres hacia allí como locas, lo que les impidió ver que el platillo volador descendía y se posaba frente a la casa, sobre los restos del helimóvil.

La puerta de la nave se abrió y Godro descendió rápidamente de ella, esgrimiendo un arma idéntica a la que SholtoAlwyn le arrebatara. El extraterrestre, intuyendo que las mujeres pretendían escapar por la parte de atrás, rodeó velozmente la casa y las sorprendió saltando por una de las ventanas.

Romina. Clara y Lenny gritaron al verle, aterrorizadas.

Godro disparó sobre ellas, convirtiendo en liliputienses a Clara y

Lenny. Después, apuntó a Romina y ordenó:

—¡Cógelas, rápido!

La modelo, pálida como una difunta y temblorosa como un flan, cogió a Clara con la mano derecha y a Lenny con la mano izquierda, protegiéndolas seguidamente a las dos contra su pecho.

—¡Ven aquí! —ordenó el alienígena.

Romina obedeció, preguntándose por qué a ella no la había convertido también en una miniatura de mujer.

¿Qué suerte le tenía reservada el extraterrestre...?

Godro se colocó tras ella y la empujó con su mano izquierda.

—¡Camina!

Romina fue hacia la parte delantera de la casa, llevando a las ahora diminutas Clara y Lenny, que lloraban a dúo. Godro la seguía muy de cerca, apuntándole con su arma.

Justo cuando la alcanzaban, aparecía Rocco, ladrando.

Godro sujetó a Romina por la cintura, con su brazo izquierdo, y disparó contra el perro, pero no le alcanzó, porque Rocco dio un veloz salto y se ocultó entre los árboles.

El ser de Kumbo empujó a Romina hacia su nave.

De pronto, apareció SholtoAlwyn.

Y, tras él, Trevor Mitchell.

Ambos se quedaron parados al ver que Godro tenía en su poder a Romina y la utilizaba como escudo, lo que les impidió disparar sobre él.

—¡Arrojad vuestras armas, terrícolas! —ordenó el alienígena.

Sholto y Trevor no tuvieron más remedio que obedecer.

Godro se disponía ya a convertirlos en dos ridículos hombrecillos, cuando Rocco apareció a sus espaldas, silencioso como un gato, y saltó sobre él, derribándolo.

Romina cayó también al suelo, con Clara y Lenny, a las que protegiócomo pudo para que no resultaran lastimadas.

—¡Bravo, Rocco!—exclamó Sholto.

—¡Qué oportuno! —dijo Trevor.

Recogieron velozmente sus armas y corrieron hacia el extraterrestre, que había perdido la suya en la caída, por lo que no tenía con que defenderse del enorme perro alsaciano.

Y eso estuvo a punto de costarle la vida...

EPILOGO

Cuando Trevor Mitchell sujetó a Rocco, el fugitivo de Kumbo tenía ya los dos brazos prácticamente destrozados a dentelladas. Y también tenía serias heridas en el pecho.

SholtoAlwyn se apoderó del arma del alienígena y después se ocupó de Romina Kelsey. Como la modelo se encontraba bien, el escritor pasó rápidamente a devolver a Clara y Lenny a su tamaño normal, lo que supuso un alivio para éstas.

Godro se había desvanecido, a causa del dolor y de la abundante pérdida de sangre, y ya no suponía el menor peligro para nadie.

De repente, apareció otro platillo volador en el cielo, más grande que el de Godro. Los Mitchell y Romina Kelsey se asustaron, pero SholtoAlwyn los tranquilizó, diciendo:

—Deben ser los seres que persiguen a Godro. Les hemos facilitado el trabajo, así que no tenemos nada que temer.

La nave se posó junto a la de Godro y cuatro tipos descendieron de ella, armados, aunque en actitud pacífica. Vestían de forma similar a la de Godro y llevaban también sendos cascos plateados, por lo que no se les veía la cara.

Sin pronunciar palabra, dos de ellos cargaron con el desvanecido y ensangrentado Godro, y lo introdujeron en su nave.

Después, tos otros dos penetraron en la nave de Godro.

Las puertas de los platillos voladores se cerraron y ambos se elevaron a la vez, alejándose rápidamente. Cuando se perdieron de vista, SholtoAlwyn exhaló un suspiro y dijo:

—Nuestros problemas han terminado. Nunca más volveremos a saber de Godro, porque las autoridades de Kumbo se encargarán de él. Como recuerdo de lo sucedido, tendremos estos dos chismes capaces de reducir cualquier cosa. Quédese con uno, Trevor. Le será muy útil.

—Gracias, Sholto. Y gracias, también, por todo lo demás.

—Los amigos deben ayudarse.

—Tú lo eres de verdad.

Clara intervino:

—¿Querrán almorzar mañana con nosotros, Sholto?

—Encantados, señora Mitchell.

—Sí, será un placer —sonrió Romina.

Sholto y Romina se despidieron de los Mitchell y emprendieron el regreso a la cabaña. El escritor rodeaba los hombros de la modelo con su brazo y ella le ceñía la cintura con el suyo.

—Ha sido una aventura increíble, ¿verdad? —dijo

él.

—Terrible, diría yo, porque he pasado más miedo que en toda mi vida — confesó ella.

—Pero nos ha unido más. ¿A que sí...?

—Desde luego.

—Tal vez para siempre.

La modelo se detuvo y lo miró a los ojos.

—¿Tú crees?

Alwyn le acarició el rostro.

—Yo así lo deseo, Romina.

—También yo, Sholto. También yo —respondió la modelo, y le

ofreció los labios, que el escritor se apresuró a besar largamente, con pasión, con amor.

FIN